

Vida

La

COMPASION

De Un Hombre



FULTON BUNTAIN
HAL DONALDSON

Dedicatoria

Al Reverendo John Edward Southard y su esposa, Alice, en gratitud por sus oraciones y su apoyo y dedicación desinteresada al ministerio de Mark y Huldah Buntain.

ISBN 0-8297-0325-X

Categoría: Biografía / Testimonio

Este libro fue publicado en inglés con el título
One Man's Compassion por Whitaker House

© 1989 por Calcutta Mission of Mercy

Traducido por Kerstin Anderas de Lundquist

Edición en idioma español
© 1991 EDITORIAL VIDA
Deerfield, Florida 33442-8134

Reservados todos los derechos

Cubierta diseñada por: Graphic Expressions Inc.
Barbara Wood

Reconocimientos

Se agradece a B. W. Corpany, Solomon y Lori Wang, Judy Ermold, Scott Craven, Cherisse Jackson, Donald y Dorothy Waggoner, Steve y Becky Donaldson, David y Kristy Donaldson, Paul y Susan Peissner, Betty y Bernie Foote, Roland y Reahn Hubin, Vern y Martha Kingsland, Daryl Perna, Joe Perna, Lisa Rich, Karen Kingsland, Ray y Barbara Horwege, Doug y Judi Schultz, Jack Allen, Norman Arnesen, Ken Horn, Larry Rust y Terry Toliver.

Se agradece especialmente a Doug Wead y Doree Donaldson.

Nota del autor

Se han cambiado algunos nombres y circunstancias a juicio del autor. Muchas de las descripciones de la India son recuentos anteriores a la toma del poder del gobierno actual. La India ha logrado un progreso considerable en años recientes.

8 La compasión de un hombre

sido él para muchos de nosotros! Por eso es un placer escribir un prefacio para este libro. Es un honor.

Franklin Graham
Director de *Samaritan's Purse*
y *World Medical Missions*

Indice

Introducción	11
1. Kumar	17
2. Shukla	37
3. Ray	53
4. Moti	74
5. Gopal	91
6. Tara	111
7. Chandra	127
8. Krishna	145
9. Munshi	160
10. Ramu	176
11. Sharma	198
12. Premdas	210
13. Biyan	222
Posdata	234

Introducción

En 1983 el legendario misionero Mark Buntain, quien dedicó más de treinta años de su vida al servicio de los necesitados en Calcuta, India, me invitó a almorzar.

Yo había leído informes acerca de la pobreza y la miseria de Calcuta, pero a causa de mi carácter escéptico de periodista calificué esos artículos como descripciones exageradas publicadas con el único propósito de lograr la simpatía hasta del corazón más duro. "Por cierto, Calcuta ofrece más que ratas, niños hambrientos y perros rabiosos — me dije —. Esos reporteros sólo presentan el lado negativo. La 'otra cara de la moneda' debe de ser diferente." Mark Buntain percibió mi ignorancia. Nos invitó a mí y a mi esposa a visitar la ciudad de Calcuta para ver la realidad con nuestros propios ojos.

Un año más tarde llegamos allá en un DC-10 de la Aerolínea de Tailandia. Ya no era meramente lector y filósofo. Me había convertido en copartícipe. Ya no podía buscar excusas por mi falta de participación. Las escenas que vi me causaron el mismo dolor que sentí cuando mi padre falleció en un accidente auto-

movilístico diecisiete años antes.

Cuando salimos de la terminal nos abrimos paso, con gran esfuerzo, entre una multitud de niños de tez morena y ojos suplicantes, que parecían preguntar quién sería hoy su “salvador”. Sus pies descalzos eran planos, llenos de callos y heridas. El monzón no les demostró piedad alguna. Gotas de lluvia resbalaban con fuerza devastadora por sus cabezas rasuradas. Más tarde me enteré de que se rasuraban la cabeza para combatir la plaga de piojos. Sus camisitas y pantaloncillos demostraban haber batallado contra el monzón muchas veces antes; se podía ver que habían pasado muchas noches a la intemperie a merced de la lluvia y del viento. Sus ojos eran penetrantes, a la espera de que este hombre blanco se llevara la mano al bolsillo. Todos ellos sabían lo que eso significaba. Manos y brazos extendidos nos obstruyeron el paso al taxi. Algunos pedían limosna para poder sobrevivir; otros nos tocaban como si fuéramos reyes.

El viaje por la ciudad en un taxi viejo me hizo pensar en los autos de juego en parques de distracción. Nuestro chofer, Mujib, evadía los obstáculos en el tránsito sin usar los frenos. Cruzó por mi mente el pensamiento de que ojalá *tenga* frenos. Mi esposa incrustó las uñas en mis pantalones mientras nuestro taxista avanzaba con su viejo vehículo entre un sinnúmero de bicicletas, *ricks-haws*, peatones, perros, vacas, autobuses y autos.

A un lado del camino, un pequeño niño desnudo tomaba de algo que parecía ser una lata de café. Luego derramó el contenido sobre su cabeza. El agua negra le oscureció todavía más el pelo. Un

hedor sofocante nos advirtió que nos aproximábamos a un basurero. A vista nuestra, los montones de basura parecían rascacielos.

Cada milla, cada vuelta de esquina nos presentaba más horrores. Cerré los ojos herméticamente. Había visto suficiente.

En los días siguientes se me hacía difícil comer. Como reportero en El Salvador, un país azotado por la guerra, había visto pobreza. Había entrevistado a campesinos cuyos hogares habían sido destruidos por bombas y cuyos sembrados habían sido incendiados por las guerrillas. Yo había vuelto a los Estados Unidos herido y desilusionado; sin embargo, nada de lo que experimenté allá me preparó para Calcuta.

Me sentí como un verdugo — con el hacha en la mano — responsable personalmente de la situación difícil de tanta gente. Me sentí atacado por la culpabilidad. Me preguntaba por qué no había hecho nada para ayudar a los enfermos y hambrientos. ¿Sería que no tenía compasión?

La habitación que ocupaba en el hotel se convirtió en mi oasis; un lugar donde me refugiaba del calor penetrante y de la horrible escena del mendigo inválido justamente a la entrada del hotel.

Una noche, junto a una señal de *alto*, mi sentido de culpabilidad me sumergió en una depresión cuando una mujer, que llevaba en los brazos lo que parecía ser un bebé de tres libras, metió la mano por la ventanilla del auto. Agarró mi brazo con la esperanza de hallar un reloj o cualquier cosa que le pudiera servir para canjear por alimentos.

Al subir la ventanilla, me enojé conmigo mismo

por echar a un lado a esa mujer y por sentirme absolutamente incapaz de prestarle ayuda. Me preguntaba con más impaciencia: *Dios mío, ¿por qué tiene que ser así? ¿Por qué tienen que sufrir? ¿Por qué tienen que morir?* Fue entonces que comprendí por qué seguían allí el doctor Buntain y su esposa, perseverando a pesar de que el lujo y las comodidades estaban sólo a distancia de una decisión.

A favor del gobierno de la India central y del gobierno de Bengala occidental, hay que reconocer que Calcuta demuestra señales de mejoras; señales de poder volver a ser la magnífica ciudad una vez conocida como La Perla del Oriente. Regiones de la India, tales como Nueva Delhi y Madrás son majestuosas, y su gente encantadora. El énfasis que el Primer Ministro le da a la educación es de suma importancia para el resurgimiento del país.

Sin embargo, persisten algunos problemas, a pesar de los esfuerzos diligentes del gobierno. Guerras, terremotos y hambrunas han transformado a la ciudad de Calcuta en el centro de oportunidades para miles de refugiados. Cientos invaden la ciudad a diario, acampando en pequeños espacios libres de pavimento. Con un estimado de doce millones de habitantes, es cosa común ver a un centenar de hombres formando cola para solicitar *un* cierto empleo; una oportunidad de trabajo que les puede rendir cinco rupias al día (unos cuarenta centavos de dólar).

Aunque abundan las vacas y las cabras, muchos de los habitantes están desnutridos, porque su

religión les prohíbe comer carne. Drogadictos y alcohólicos deambulan por la ciudad como perros callejeros, aparentemente sin destino fijo.

Este libro es mucho más que una serie de historias que documentan la trágica realidad de la ciudad de Calcuta. Este es un diario de esperanza que demuestra la gracia de Dios.

Usted leerá relatos verídicos de mendigos, huérfanos, brujos, jefes de pandilla, drogadictos, personajes célebres y prósperos hombres de negocios que experimentaron cara a cara las palabras y obras de compasión de un misionero que les exigía que buscaran una vida mejor. Leerá cómo fueron rescatados de la criminalidad, de la complacencia, de enfermedades y de la pobreza gracias a la ayuda de un hombre que se atrevió a obedecer a Dios.

El primer capítulo presenta la conmovedora historia de Kumar. Antes de conocer a Kumar, soñé que yo también era un niño extraviado entre los oscuros callejones de Calcuta, que buscaba desesperadamente algo para comer y un lugar donde esconderme del mundo cruel e inmisericorde. En mi sueño, pasé una noche debajo de una pila de cajas de cartón; sin almohada y sin frazada. Cuando el sol invadió mi chocita, me arrastré hacia afuera, donde vi un par de zapatos grandes de color negro que me esperaban. Un hombre blanco, alto, con lentes de bordes oscuros, me alcanzó un panecillo con mermelada y mantequilla de maní. Ese hombre de tan modesta oferta y de palabras bondadosas poseía el poder del amor. Se llamaba Mark Buntain.

Por sólo unos momentos, mi subconsciente experimentó la desesperante lucha por sobrevivir de un niño de la India y la tremenda alegría de saber que a Mark Buntain le importaba. Muchos de los niños de Calcuta han vivido la realidad de mi sueño. Me han relatado cómo ese peculiar caballero canadiense los llevó por la puerta de entrada de su casa a una nueva vida; cómo en sus amantes brazos los rescató de la muerte.

A medida que mi estadía en Calcuta se acercaba a su fin y mi admiración por Mark Buntain iba en aumento, se hizo evidente que *La compasión de un hombre* tenía que ser algo más que un retrato idólatrico de Mark Buntain. En Calcuta descubrí que la Misión de Misericordia es mucho más que el esfuerzo de un solo hombre. Es una mano extendida, formada de muchos siervos por medio de los cuales Jesucristo abraza al mundo: veintidós mil mujeres y niños son alimentados diariamente; miles reciben atención médica en el hospital de la misión y en el centro de investigación; las once escuelas de la misión cuentan con seis mil estudiantes; y cientos más estudian en el instituto bíblico y en los colegios vocacionales.

Doug Wead escribió una vez con respecto a Mark Buntain y la labor de la Misión de Misericordia de Calcuta: "Me va a perseguir durante el resto de mi vida." Sólo pido que los relatos que escuché me persigan a mi también.

Hal Donaldson

Capítulo uno

Kumar

Kumar descansaba con una mejilla apoyada contra la pared de adobe y las piernas encogidas debajo de su pequeño cuerpo de apenas setenta y ocho libras. Así dormía cada noche; apretado junto con otras diez personas en una habitación de cuatro metros cuadrados. Los pies de sus tíos lo rodeaban como una cerca de estacas. Una vez que ellos se dormían no había modo de escapar. Kumar ni siquiera podía estirar las piernas.

A menudo los insectos festejaban en sus brazos; sin embargo, nunca se quejaba. El sabía que otros niños de su barrio dormían en la calle donde los molestaban los pandilleros, los mendigos y los borrachos. Además, la pared era como un bloque de hielo que refrescaba su carita quemada por el sol.

Su hermano mayor, Shashi, un larguirucho adolescente con nariz de anzuelo, se había apoderado de la parcela de tierra debajo de un pequeño catre en el lado opuesto de la habitación.

Esta noche en particular Shashi no podía dormir. Su papá no había vuelto a la casa; lo cual signifi-

caba que no habría dinero para comprar comida. Shashi sabía que eso era prueba de que su papá no había encontrado trabajo ese día o de que había malgastado su jornal tomando licor o divirtiéndose con alguna prostituta, como lo había hecho tantas noches.

Al atardecer la mamá de Shashi, llorando, les dijo a sus hijos que no tenía comida para darles. Shashi tenía hambre. No le interesaban las explicaciones de su mamá. Su estómago reclamaba a lo menos un *chapatti* (una empanada preparada al estilo de la India) y una pequeña porción de arroz. Nadie había encendido la *chulha* (pequeña estufa tipo fogata) por un día y medio, y las moscas festejaban sobre el estiércol de vaca que servía de combustible.

A altas horas de la noche los temores de Shashi fueron confirmados. Dos perros callejeros ladraron sus insultos al ver que invadía el territorio de ellos la desplomada silueta de Birju Mahari, el papá de Shashi. Shashi escuchó voces irritadas y los quejidos y mascullidos de su papá.

Shashi se dio vuelta hacia la pared y cerró los ojos, con la esperanza de que su papá desapareciera. De repente, Birju Mahari empujó la puerta de madera terciada y cayó encima del tío de los muchachos. Birju se puso de pie, a duras penas, y tambaleando se fue a su catre. El ruido despertó a toda la familia; pero nadie se atrevió a quejarse temiendo incitar a Birju en un arrebató de furia.

Rekha, la mamá de Shashi, permaneció inmóvil cuando su esposo se desplomó a su lado. Ella no podía dejar de pensar en dónde y con quién había

estado Birju. Rekha recordaba lo bien que habían vivido antes. Ella recordaba el buen empleo que tenía su esposo antes de que las drogas y el alcohol lo transformaron en un drogadicto desempleado.

Durante dos años, noche tras noche, ella lo había observado cuando inyectaba con la aguja su morena piel y cómo aflojaba la cuerda amarrada fuertemente alrededor de su brazo como si fuera una serpiente. Rekha conocía la rutina demasiado bien. Momentos después, cerraba los ojos y se abandonaba a una nirvana artificial. El recuerdo de todo ello y el menosprecio que sentía por las costumbres de su esposo le daban náuseas.

Una mosca que zumbaba por encima del catre interrumpió su arrobamiento nocturno. Birju estaba tendido impasible a su lado. El roncaba sin misericordia a oídos de Rekha mientras ella tramaba la fuga de la mazmorra en que vivía. El hambre afligía a sus hijos, el dueño de casa les exigía dinero que no tenían y Birju la trataba cada vez con más desdén y violencia.

Rekha sabía que si no quería morir tenía que salir de Calcuta. *Mañana* — se dijo a sí misma —. *Mañana me iré a un lugar donde Birju nunca podrá encontrarme.* Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla cuando pensó en la realidad de que tenía que dejar atrás a sus tres hijos pequeños. Antes del amanecer corrieron abundantes lágrimas por sus bronceadas mejillas.

Una decisión descorazonadora

A media mañana del siguiente día, Birju ya había

salido en su diario peregrinaje en busca de alguna ganancia. Los niños reunieron sus más queridas pertenencias y salieron con ellas por el gastado pavimento que llevaba a la chocita de su abuelita. La menor, Shakira, llevaba una piedra brillante y una pelotita de caucho en una lata vieja y mohosa.

— ¿Adónde vas? — le preguntó Shakira a su mamá.

— Sólo me voy por un tiempo — respondió Rekha de modo indiferente, en un esfuerzo por ocultar el tumulto de emociones que bramaba en su interior.

— ¿Adónde? — suplicó la niña, mirando con ojos inocentes a los labios de su madre.

— Sólo voy a visitar a unos amigos — dijo Rekha apresuradamente —. Pórtate bien con tu abuelita. Volveré a verte pronto.

— ¿No podemos ir contigo?

— ¿No podemos ir nosotros también? — preguntó Kumar.

— ¿Por qué no podemos ir? — suplicó Shashi.

— No, no. Ustedes deben quedarse aquí. Sólo recuerden cuánto los amo.

Los niños se asieron de su cintura.

— Tienen que irse ahora. Pórtense bien — dijo ella, separándolos a la fuerza de su *sari*, traje que usan las mujeres de la India, que se envuelve alrededor del cuerpo y sobre uno de los hombros.

Se le hizo un nudo en la garganta mientras vio desaparecer, uno por uno, a sus hijos. Con los ojos bañados en lágrimas se fue caminando, evadiendo el grupo de niños que bailaba bajo la fuente de agua que brotaba de una cañería rota.

Sólo miró de reojo a las ratas que picaban el esqueleto de un perro a pocos pasos del camino.

¿He hecho bien? ¿Volveré a ver a mis niños? se preguntaba.

El ruido característico de un viejo autobús británico de dos pisos puso fin a sus pensamientos. Rekha hizo un alto y dio media vuelta, pensando en que tal vez debía volver con sus hijos. Por unos momentos permaneció inmóvil, buscando en su mente una respuesta.

Mi futuro y mi destino son inciertos. No puedo dar a mis hijos una vida decente, dedujo. Volvió a dar media vuelta y retomó el rumbo, como guiada por el destino.

El refugio diario de Kumar

Los niños le tenían miedo a su abuelita, una mujer ceñuda y corpulenta. Corrían en todas las direcciones cuando su respiración tosca y pesada anunciaba su llegada.

— Ustedes de nada valen — rugía —. Sus padres se las arreglarían mucho mejor sin ustedes. ¡Están aquí conmigo porque nadie los quiere!

Para Kumar, la escuela era el refugio diario de la ira de su incomodada abuelita. Sus libros de texto eran sus dioses, el aula era su cielo. Kumar disfrutaba de las horas en la escuela, y anticipaba la porción diaria de arroz que le daban allí.

“Gracias”, le decía sonriendo a la cocinera, con la esperanza de que ella lo recordara al día siguiente para que le diera una ración un poco más grande de comida.

Cada mañana, cuando el conserje abría el por-

tón, Kumar lo saludaba ofreciéndole una sonrisa de blanco marfil entre las rejas de hierro. Cuando el niño se paraba de puntillas esperando ver al conserje, se podía notar que las suelas de sus gastadas sandalias se estaban deteriorando.

— Hola, Kumar — saludó el conserje —. Retírate un poco para que pueda abrir el portón.

Dio unos pasos atrás. Las rejas de hierro habían manchado su única ropa. La camisa había sido rescatada de un basurero y era dos tallas más grande de lo que Kumar necesitaba. De Shashi había heredado los pantalones sucios que llevaba puestos. Sin dar importancia a esos detalles, Kumar entró por el portón de la escuela como un niño que llega a Disneylandia por primera vez. Pensó en lo maravilloso que sería si viviera en la escuela, dentro de las rejas, refugiado de las constantes preocupaciones del mañana.

Al fin de un día de clases, el conserje encontraba al flacuchento niño acurrucado en alguna esquina del patio leyendo un libro de texto. Si Kumar hubiera podido elegir, se habría quedado en la escuela para siempre, a lo menos hasta que tuviera edad suficiente para arreglárselas por sí mismo. Para él era divertido estudiar. Y el hecho de estar lejos de su abuelita transformaba esa experiencia en algo aun más remunerante.

Los profesores se sorprendían del progreso rápido que hacía Kumar. Había avanzado dos grados en nueve meses y estaba en la lista de alumnos excelentes. “Si sigues estudiando así, vas a poder avanzar en la vida”, le prometió el director.

Sueños frustrados

Una bella noche de luna, la abuelita de Kumar, con ceño fruncido, lo encaró apenas llegó a la puerta.

— ¿Por qué llegas tan tarde? — estalló la canosa mujer.

— Estuve leyendo mis libros — respondió avergonzado el muchachito de siete años.

— ¿Qué? ¿No te dije que debías llegar temprano a la casa para ayudarme a cargar agua? ¡Llegas tarde a causa de éstos! — arrebató los libros de manos de Kumar —. Me quedo con ellos hasta que cumplas tu trabajo.

— No, abuelita, esos son míos — dijo el niño estirando la mano —. No te pertenecen.

— Estoy pagando los gastos para que vayas a la escuela — dijo la abuelita mirando al suelo—. Gasto dinero que no tengo. Si no me puedes ayudar, yo tampoco te ayudo. Desde ahora, no vas más a la escuela.

Kumar comenzó a llorar cuando ella se alejó. No tenía a quién apelar, ningún lugar adónde ir. No podía reunirse con Shashi, que ya había vuelto a la choza de su padre, ni con su hermana, Shakira, que estaba en un internado.

Por fin, Kumar se resignó a trabajo duro por escasas rupias de pago. Pasó las horas del día llenando cubos de agua por dos rupias al día; dinero que luego tenía que entregar a su abuelita. Sus pies se llenaron de ampollas por el esfuerzo de cargar en caminos de grava la misma cantidad de agua que los mayores. Dos cubos pesados colgaban de un palo de madera, uno a cada lado,

que descansaba sobre los frágiles hombros del muchachito. Catorce horas al día Kumar cargaba agua.

Odiaba a su abuelita por confiscar sus libros, por robarle la posibilidad de realizar su sueño de lograr una educación, por obligarlo a hacer el trabajo de un adulto. Apretaba los dientes con más fuerza cada vez que pensaba en ella.

Cierta noche, volvía con el hombro sangrante y entraba a tropezones en la casa sencilla de su abuelita.

— ¿Qué haces? — gruñó ella, con una botella de licor obtenido ilegalmente en la mano.

— Voy. . . voy a comer — respondió el niño.

— No mereces comida; mereces una paliza. Desde que viniste a vivir conmigo nada ha salido bien. Los dioses me han maldecido por tu culpa. ¡Vete! ¡Sal! Te odio — gritó, echando maldiciones.

El muchachito estaba confuso. Odiaba a su abuelita, pero a la vez le daba temor irse.

— ¿Adónde puedo ir? — preguntó.

— Déjame ya — respondió con rabia —. No me importa adónde vas.

— Primero dame mis libros — suplicó Kumar —. Entrégame mis libros y me voy.

Ella tomó otro trago de la botella. Miró el elixir de color café y dijo:

— Usé tus libros para comprarme esto. Ahora, ¡vete!

Destituido y rechazado

El muchachito se lanzó a la oscuridad. “Nadie me quiere”, refunfuñó pateando el borde de una

pared a medio caer. Deambuló por las calles durante horas, evadiendo a los policías y los delincuentes. Al fin, se acostó bajo una higuera de Bengala en un parque circunvecino al palacio Reina Victoria; un edificio magnífico que parecía haber sido esculpido de una montaña de marfil.

La mañana siguiente recorrió los bazares en busca de trabajo. Algunos dueños de bazar se rieron en su cara; otros lo empujaron hacia afuera con ira. “Tú eres demasiado débil para servir de alguna ayuda. Sal de aquí”, le gritó un anciano con desdén.

Las noches en el parque parecían cada vez más frías y solitarias. Kumar se abrigaba con una frazada vieja, al parecer un vestigio de algún catre de un escuadrón militar. La comida era escasa, pero su dignidad no le permitía mendigar. Muchas veces se alimentaba de gusanos y hormigas que encontraba en latas de comida vacías, rescatadas de algún basurero. Llegó a ser parte de su ritual vomitar comida contaminada.

La época del monzón se acercaba. Eso significaba que habría inundaciones, creando un sistema de desagüe sobre tierra. Las cloacas de excrementos y basura se estancarían sobre desagües obstruidos. Las calles se convertirían en pantanos. Kumar sabía que tenía que hallar otro lugar donde pasar sus noches infernales.

Finalmente un comerciante empleó a Kumar de *coolie* (un cargador que también se dedica a hacer mandados), a cambio de un plato de arroz al día y un lugar en un pasillo donde dormir de noche. Kumar se sentía feliz de tener un techo sobre la

cabeza, en especial durante esa época en que las noches eran más negras que de costumbre. Cuando los fuertes vientos del monzón lo golpeaban, Kumar pensaba que eran los dioses que inhalaban y exhalaban con fuerza sobre la ciudad.

Kumar se abrazaba a un perro lanudo para calentarse un poco de los vientos fríos. *Soy tan afortunado*, pensaba mientras calentaba su nariz contra la pulgosa oreja del perro. Pero la paciencia del patrón fue menguando a medida que los sacos de harina y arroz se hacían más y más pesados para el pequeño niño. Por fin, el corpulento comerciante le entregó una rupia y lo echó de vuelta a la calle.

No teniendo adónde ir, Kumar volvió de nuevo al hogar de sus padres, quienes se habían reconciliado de nuevo, por lo menos temporalmente. Rekha abrazó a su hijo y besó su cabeza. El señor Mahari no dijo nada. El niño se sintió feliz de estar de regreso en su rincón de la pequeña habitación; a pesar de que tenía que apretar sus piernas más que nunca.

Un misterioso hombre blanco

Una noche, Kumar se encogió de miedo cuando vio a su papá buscar las venas en el brazo y luego, con precisión exacta, inyectarse con una jeringa.

— Shashi, ¿por qué hace eso? — preguntó.

— No estoy seguro.

— ¿Puede matarlo ese líquido?

— No estoy seguro, pero creo que sí — respondió Shashi ladeando la cabeza.

De repente, el hombre se puso de pie. Sobre

piernas bamboleantes tambaleó hacia afuera. Los muchachos se miraron el uno al otro, preguntándose hacia dónde se dirigía su papá a esa hora de la noche.

A la mañana siguiente, Birju todavía no había vuelto al hogar. Pasaron dos días sin noticias de él. Luego tres. Nadie sabía si las lágrimas de Rekha reflejaban pena o alivio. Por mucho tiempo la familia no sabía por qué Birju se había ido ni dónde se encontraba; no sabían si estaba vivo.

Luego Rekha se enfermó. Para las familias pobres de Calcuta la enfermedad es peor que la muerte, ya que por lo general tienen que pasar el resto de su vida pagando las cuentas médicas. Rekha no tenía dinero pero estaba en urgente necesidad de cuidado médico.

El papá de Rekha recordó haber oído acerca de un alto y misterioso hombre blanco que poseía poderes extraños, que alimentaba a los pobres y que ayudaba a los enfermos, sin pedir dinero a cambio. *Aun los brujos cobran por sus servicios*, pensó.

Un poco temeroso, cierta tarde calurosa el papá de Rekha se acercó a la oficina de Mark Buntain.

— Tenga la bondad de pasar — dijo al saludarlo el señor Buntain, y levantándose de su escritorio inundado de papeles le ofreció un asiento —. ¿En qué puedo servirlo?

El visitante observó el cabello fino del hombre *santo*, y cómo lo había peinado todo hacia atrás. Miró con curiosidad las arrugas de sabiduría en su frente; luego cayó de rodillas, en adoración de él, como si Mark Buntain fuera una imagen religiosa.

— Por favor, levántese. No hay necesidad de eso — dijo Mark, asiendo la casaca café del hombre.

— Mi hija está muy enferma. ¿Puede usted darle alguna medicina para que sane?

— Sí, tenemos medicinas; pero primero debo examinarla — dijo el misionero —. ¿Quiere llevarme adonde está ella?

— Sí, *sahib* (título dado a un hombre respetable) — afirmó el pequeño hombre —. Pero no es necesario. Sólo déme un poco de medicina para ella.

— Necesitamos examinarla para saber qué medicina necesita — insistió el señor Buntain.

El anciano no respondió.

— Los médicos tienen que examinarla — repitió.

Los ojos del anciano se movían de izquierda a derecha mientras reflexionaba en las palabras del hombre blanco. Se frotó la nariz y dio su consentimiento con una sonrisa.

Abrumado

El papá de Rekha guió a Mark Buntain por una maraña de chozas de adobe con techos de paja. Shakira, que había estado atendiendo a su mamá, tomó al hombre blanco por un lado de la camisa y lo haló de prisa hacia el interior de la choza. Shashi y Kumar se metieron debajo del catre para dar lugar suficiente al hombre que había venido para ayudar a su mamá. Rekha estaba sentada en la cama, con una pierna totalmente envuelta y los dedos del pie hinchados e infectados.

— ¿Cómo sucedió esto? — preguntó Mark.

— Me caí — respondió Rekha.

— ¿Es esto lo único que le duele?

Subiendo la manga, la mujer le mostró una herida que daba la impresión de un tatuaje en el brazo. Ella estaba segura de que el misionero reconocía esa enfermedad; sin embargo, le dijo:

— Tengo lepra.

Rekha sabía que lo de su brazo era sólo el comienzo. Algún día los dedos de las manos y los pies se convertirían en muñones y su nariz no sería más que un hueco lleno de pus.

Mark Buntain conocía demasiado bien la maldición de la lepra. El había pasado días enteros en colonias de leprosos reprimiendo sus propios temores y sonriéndoles a las personas de rostros deformados. Muy pocas veces le faltaban palabras al misionero; pero comenzaba a sentirse abrumado.

Mark Buntain estaba cansado. Todavía no había preparado el sermón para el domingo y la pila de solicitudes en busca de ayuda se podía comparar con las páginas de una guía telefónica de una ciudad metropolitana. Había dedicado toda la mañana a aconsejar y orar con drogadictos. El día anterior había visitado, entre otros, a una mujer cuyo bebé sufría de tuberculosis y a un hombre cuya esposa cometía adulterio.

— ¿Dónde está su esposo? — le preguntó después de un largo silencio.

— Me dejó cuando se enteró de que tengo lepra.

— Estimada señora — dijo Mark —, ¿me permite orar por usted?

El podía ver que estaba asustada.

— No se preocupe — continuó —, todo saldrá bien. Estoy aquí para ayudarla.

—Sí — susurró ella —. Ore.

Dos pares de ojos, como de gato, brillaron en la oscuridad debajo del catre. Nunca antes había entrado un hombre blanco en la habitación. Los muchachos no estaban seguros de lo que podría hacer; sólo estaban contentos de tenerlo allí.

— Padre celestial, te pido por esta mujer. Muéstrale que la amas a ella y a su familia. Toca su cuerpo — oró Mark con voz ronca y fatigada.

Momentos después se puso de pie, agachando la cabeza para no perforar el techo de paja.

— Quiero llevarla al hospital. ¿Está bien?

— No tenemos dinero — dijo el abuelito titubeando, con la mirada fija en el suelo.

— No se preocupe por eso. Queremos ayudarla a sanar. No le costará nada.

— ¿Nada de dinero? — preguntó él.

— ¡Nada!

El anciano le hizo la venia al misionero.

— Gracias, *sahib*, muchas gracias — dijo con lágrimas en los ojos.

— Agradezca a Dios, buen hombre. Además, lleve a los dos muchachos a mi oficina mañana.

Ambos se asomaron por debajo del colchón, como si fueran tortugas estirando la cabeza desde el caparazón.

— Sí, ustedes dos — sonrió Mark.

El se encargaría del cuidado de ellos también. Shashi iría al centro juvenil y a Kumar lo matricularía en la escuela.

Un lugar para Kumar

Una vez más, Kumar demostró ser un alumno

capaz y dispuesto. Por eso, su profesor expresó su preocupación cuando el muchacho dio señas visibles de descuido. No sólo se dormía en clase, sino que llegaba con ropa sucia y tosía mucho. Luego, una mañana, Mark descubrió al muchachito arrollado junto con su perro en la vereda frente al portón de la escuela.

— ¡Kumar! — exclamó Mark, sacudiendo al niño por los hombros —. ¿Qué haces aquí tan temprano?

— Yo... eh... — tartamudeó Kumar, todavía medio dormido —. Estaba esperándolo para hablar con usted, tío.

— Escucha, hijo — dijo Mark en tono serio —, dime la verdad. Dormiste aquí toda la noche, ¿no es así?

— Sí, tío. Mamá está demasiado enferma para preocuparse por mí. Es mejor que no esté allá — respondió, frotando el sueño de sus ojos.

— Entra, hijo — dijo el misionero, abriendo el portón e indicándole al perro que esperara afuera —. Hallaremos un lugarcito para ti, Kumar. Mi esposa se encargará de eso. Ella siempre logra hacerlo.

A regañadientes, me van a enviar a un lugar donde nadie me quiere — pensó Kumar —; a algún sitio donde no tengan que preocuparse por mí.

Huldah Buntain miró por unos momentos, amablemente, al niño extraviado de tez morena.

— ¿Qué edad tienes, Kumar? — preguntó con una sonrisa.

Su cabello de rojo claro brillaba bajo la lámpara de luz eléctrica, y sus ojos de color café irradiaban

calor al mirarlo intensamente.

— Diez — respondió ásperamente.

— ¿Diez? Un muchacho grande como tú debe de tener por lo menos quince años — bromeó Huldah.

— Tengo diez años de edad.

— Diez años es una buena edad — dijo Huldah, haciendo anotaciones en un cuadernillo —. Comprendo que tu hermano está en el programa del centro juvenil.

Kumar asintió con la cabeza.

— Lo primero que haremos es darte un baño; te vestiremos con ropa limpia y te daremos algo rico de comer. ¿Qué te parece?

Kumar se irguió en la silla, con ojos tan abiertos que le causaron dolor.

— Podrás vivir en uno de los edificios de nuestra iglesia por un tiempo, pero tendrás que cumplir algunos tareas específicas para ganarte la estadía — le informó.

¿Por qué son tan amables conmigo? se preguntó Kumar. Pero por el momento no le importaba. Sólo estaba agradecido de tener una frazada y un estómago lleno.

La mañana siguiente, después de estacionar el auto, un simpático y bien vestido muchachito la saludó.

— Buenos días, señora. ¿Puedo ayudarle a llevar su maletín? — preguntó Kumar con una sonrisa abierta.

— Por supuesto — respondió Huldah, riendo entre dientes mientras le pasaba el portafolio —; pero llámame tía.

— Sí, tía — dijo Kumar riendo, maravillado por los colores vivos de su falda de algodón y por las cuentas brillantes del collar que pendía de su cuello.

Amor incondicional

Esa tarde, cuando el sol bajaba detrás del templo, Huldah vio a Kumar recostado contra un poste, leyendo. Puso sus finos dedos sobre la cabeza del muchacho y lo dirigió hacia su auto.

— Vamos a dar un paseo — le sugirió.

Kumar no podía recordar la última vez que había paseado en automóvil. Sacó la cabeza por la ventanilla para que el viento lo golpeará en el rostro y se rió cuando el aire hacía volar todo su pelo hacia atrás.

— Ten cuidado — le advirtió Huldah cuando se encontraron con un autobús en plena marcha, a menos de medio metro de distancia.

Huldah dirigió al muchacho por la entrada del edificio donde vivía y juntos subieron por las gradas de rojo brillante que llevaban a su apartamento. El apartamento de los Buntain era modesto, pero para Kumar era extraordinario.

Mientras se sirvió un plato de guiso de pollo y verduras, Kumar nuevamente se asombró por la bondad que le demostraban. *¿Por qué hacen esto? ¿Qué desean a cambio?* Una infinidad de preguntas daban vuelta en su mente, con cierta sospecha reflejada en sus oscuros y hundidos ojos.

— ¿Por qué es usted tan amable conmigo? — preguntó finalmente.

— Porque te quiero — respondió Huldah.

— ¿Por qué?

— Supongo que es porque Dios te ha enviado a nosotros como un amigo. Y cuando Dios nos da algo, es mejor cuidarlo. Dios te ama, Kumar. Y nosotros también.

Durante meses, Kumar pensó mucho en lo que tía Huldah le había dicho acerca del amor de Dios. Desde su ventana del segundo piso, él observaba cómo los Buntain traían al centro de la misión, cargados en brazos, a escuálidos niños con estómagos al descubierto.

¿Por qué son tan bondadosos y por qué trabajan tanto para ayudar a gente que ni conocen?

— se preguntaba a sí mismo —. *Hasta enviaron a mi mamá a una clínica especial y alimentaron a nuestra familia. ¿Por qué hacen todo eso?*

No podía hallar respuestas.

La puerta del cielo

Los ventiladores daban vuelta con furia una tarde de junio, mientras la congregación cantaba su acostumbrado repertorio de coros. “Cristo, Cristo, Cristo . . . lo tengo en mi ser . . .” se oía por todo el vecindario. El pastor Buntain subió al púlpito. Gotas de lluvia martillaban contra las grandes ventanas, lanzando pequeños ecos por todo el santuario. Kumar metió las manos al bolsillo y se hundió en su asiento mientras la lluvia resbalaba por el cristal biselado. Fijó los ojos en el hombre blanco que lo había rescatado de la pobreza y de una muerte segura; el hombre que le había demostrado el significado del amor.

— Muchos de ustedes — comenzó Mark agitando su brazo —, vienen aquí cada domingo, pero no tienen una relación personal con Jesucristo. Por consiguiente, Jesucristo no les dará entrada por la puerta del cielo.

Kumar evocó una imagen de Jesucristo como el conserje que le impedía la entrada a la escuela por el portón de hierro.

— Hoy — continuó Mark —, Dios quiere adoptarlo en su familia. Quiere ser su Padre celestial. Quiere que entre por la puerta del cielo y viva para siempre.

Cierta humedad comenzó a acumularse en los ojos de Kumar.

— Esta mañana — prosiguió Mark —, si desea llegar a ser un hijo de Dios, pase al frente y arrodílese ante El.

Kumar fue el primero en ponerse en pie. Huldah se colocó a unos pasos de él, ansiosa de guiarlo a Cristo.

— Tía Huldah — dijo Kumar, levantando la vista —, ¿me dejará entrar el Señor Jesucristo por el portón de rejas del cielo?

— Sí — respondió Huldah, abrazando los hombros del niño y riendo un poco por la ocurrencia de Kumar —. Jesucristo te dejará vivir con El para siempre. Pero la puerta del cielo no es un portón de rejas sino una inmensa puerta de perlas.

Kumar miró en otro sentido por un rato, luego cerró los ojos.

— Jesucristo — oró —, gracias por dejarme entrar por la puerta del cielo. Yo quiero vivir

contigo algún día. Pero si te parece bien, quiero quedarme un tiempo más con mi tío Mark y mi tía Huldah.

Huldah no podía contenerse. Se sentó junto al altar riendo y llorando.

Capítulo dos

Shukla

La habitación estaba a oscuras excepto por una luz plateada que se reflejaba por debajo de la puerta. De pronto, alguien encendió una vela. La llama rojiza parecía una bola fogosa en el centro de la habitación. Una cara a medio iluminar se cernía pavorosamente sobre la vela. La oscuridad ocultaba el lado izquierdo del rostro de la mujer. Dio las espaldas a la vela y se postró rostro en tierra.

A corta distancia de donde estaba postrada la mujer se podía distinguir una estatua del tamaño de un hombre; y estatuas más pequeñas en una serie de repisas. El dormitorio daba la impresión de ser un museo, a excepción del frío y de la oscuridad. La luz reflejaba el exterior brillante de la estatua, con los bordes de la imagen de barro apenas distinguibles. Su acabado negro era eclipsado por la lengua en rojo vivo. Un collar de serpientes y calaveras pendía del pecho. La base de la estatua estaba decorada de flores con olor a sangre.

— Oh poderosa diosa, escucha mi petición — suplicó Gita —. Mi hija, Shukla, está paralítica. Ella

no es como otros niños. Por favor, libérala de la maldición que la ata. Será tuya si la sanas. Gran diosa, creo que tienes poder para sanarla — sollozó la mujer.

De repente se abrió la puerta del dormitorio y, a la vez, santuario. El ritual santo había sido profanado.

— Los dioses se enfurecerán — gimió Gita —. Han sido ofendidos.

Rápidamente expulsó a la intrusa.

— Mamá, ¿qué estás haciendo? — le preguntó su hija —. ¿Por qué haces esto?

— Shukla, cierra la puerta — ordenó la atemorizada mujer, con la esperanza de volver a su postura inclinada y pacificar a los dioses.

Shukla obedeció.

Treinta minutos después, Gita salió de su antro.

— Por ti — siseó a su hija parálitica —; por ti suplico a los dioses. No podrás volver a caminar hasta que dejes de disgustar a los dioses. El dios del hombre blanco es un dios falso. No existe.

— Si existe, mamá; tú lo sabes. Prometiste servir a Dios si yo mejoraba. ¿Cómo puedes olvidarlo?

— El no ha hecho nada — reprochó Gita.

— Sí ha hecho algo. Ahora puedo caminar sin soportes — dijo la doceañera señalando a sus piernas.

— Un dios poderoso te sanaría completamente, no parcialmente — persistió la madre —. ¡Si te sanas será gracias a mis súplicas a los dioses!

La jovencita apretó los dientes con fuerza, moviendo la cabeza en señal de desacuerdo, con la frustración carcomiendo en su interior.

Los profundos hoyuelos de Shukla eran tan cautivantes que aminoraban la imperfección de ser bizca. La piel firme y los elevados pómulos de vez en cuando eran velados por su larga y hermosa cabellera. Pero no se podía desatender fácilmente el pie derecho inerte que se arrastraba tras de la joven cuando ésta caminaba. A pesar de ello, por primera vez en su vida, Shukla se sentía orgullosa. Ya no tenía que usar los soportes de metal que indicaban a todo el mundo su inferioridad. Ella estaba mejorando. De eso estaba segura.

Atacada de poliomielitis

Al poco tiempo del nacimiento de Shukla, Gita y su esposo se habían arrodillado ante sus imágenes de barro, agradeciendo a los espíritus por haberles dado una hija saludable. Shukla era el trofeo de Gita; una señal de que los dioses la favorecían. Otros niños nacidos en el barrio habían sido afligidos con deformaciones y enfermedades; una señal fija del desagrado de los dioses. Gita llevaba su trofeo a todas partes: al mercado, al templo, a la cañería pública de agua potable.

Una tarde, grandes nubarrones amenazaban con lluvia forzando a Gita a posponer su visita al mercado. Ese día se quedaría en casa con su hijita. Ya que un penetrante viento se abría paso por las aberturas entre los tablones de su chocita, Gita tenía a la niña cubierta con una frazada.

Gita estaba lavando, en una tina corroída, el único par de pantalones extra de su esposo cuando escuchó toser a su hijita. El sonido sofocante la obligó a acudir inmediatamente a su lado. La

carita de Shukla estaba caliente y la frazada ensuciada con diarrea.

Seguramente no es más que un simple resfrío, pensó la joven madre.

Pasó una hora y la niña siguió tosiendo y lloriqueando. Su carita se veía hinchada y sus ojos pálidos.

Frenéticamente Gita arrebató una bolsa que contenía todos los ahorros de la familia. Apretó las rupias fuertemente en su mano, como si fueran un remedio universal. Abrazando fuertemente a su hijita contra el pecho, la angustiada madre se abrió paso hacia la calle entre los montones de basura en descomposición.

Ella alargó un brazo para llamar a un *rickshaw* (un taxi a modo de carreta de madera con dos grandes ruedas y dos varas largas usadas para halar) que pasaba por allí.

— Mi hijita está enferma — gritó —. ¡Apúrese! ¡Llévenos al hospital más cercano!

Un anciano tiraba, con fuerza sorprendente, de ese carruaje de dos ruedas. Sus pies descalzos parecían patas de caballo, no intimidados por las punzantes piedras y los intoxicados charcos. Su barba gris se confundía con la camisa desteñida. Gita no tuvo que suplicarle que corriera más de prisa. Los macizos músculos del anciano se agitaban entre un mar de vehículos que tocaban sus bocinas a todo dar.

Gita meció en sus brazos a su hijita enferma, olvidando el camino con baches. Le parecía como si miles de ojos observaban su carruaje, como si estuvieran enterados de algún pecado cometido

por ella; un pecado que mereciera tal castigo. Podía sentir cómo los dioses la miraban enfurecidos desde el cielo. “Por favor — suplicó —, que viva mi hijita.”

Una fila larga de enfermos que sufrían de gastritis, tuberculosis y otros males esperaban afuera del hospital. A Gita le sobrevino el pánico.

— No puedo esperar — gritó, dirigiéndose a la multitud —. ¡Mi hijita está muriendo! Tienen que abrirme paso.

— Usted no es la única persona aquí — le llamó la atención una anciana con cuerpo torcido, mientras su mentón se sacudía rápidamente.

Nadie se movió. Más gente entró y salió. Gita podía sentir cómo se intensificaba el calor del cuerpo de su hijita.

Entonces, casi como un héroe de alguna película, un médico vestido de blanco rescató a la madre y a su hijita del enjambre de pacientes. Puso a la niña sobre una mesa cubierta con una pequeña sábana blanca, sin decir mucho mientras examinaba a la pequeña. El sudor corría por sus patillas.

— Su hijita padece de un caso grave de tifoidea — dijo finalmente.

La madre apretó los dedos fuertemente en la mesa. La piel apabullada debajo de sus ojos se hinchó. Lágrimas estallaron de sus ojos. Guiándola a una silla, el médico observó la bolsa de dinero que sostenía entre sus temblorosas manos.

— Por cincuenta rupias le ayudo a su hija.

Gita derramó todo el contenido de la bolsa en su falda.

— Tengo solamente treinta — sollozó.

— Me basta por ahora; pero tendrá que darme el dinero después.

En los meses siguientes la madre recibió aun más devastadoras noticias: Shukla había sido atacada de poliomielitis, que la había dejado con piernas cojas e inservibles.

Una búsqueda desesperada por respuestas

Gita y su esposo batallaron en oración delante de sus dioses. Dieron su última rupia a los sacerdotes para ofrecer una *puja* (ceremonia de adoración que consta de ofrendas, oraciones, cantos, mantras y otras manifestaciones de alabanza a los dioses hindúes) en favor de Shukla. A pesar de ello, a la edad de tres años la niña no mostró señas de alguna mejora. Sus padres llegaron a la conclusión de que los dioses los habían abandonado.

“¿Qué hemos hecho para ser sentenciados a tal tortura? ¿Qué tenemos que hacer para ser perdonados por los dioses?” se preguntaban. Realizaron todo tipo de ritual y ofrecieron todas las oraciones conocidas por ellos. Sin embargo, la niña sufría. Gita se volvió iracunda y desanimada. A la vez, su esposo reprimió su amargura con el alcohol.

— Llévela a la iglesia del pastor Mark Buntain — le sugirió una vecina —. Jesucristo está allí. El sanará a su hija.

— ¿Jesús? — preguntó Gita, suponiendo que El era un sacerdote poderoso que no había llegado a conocer —. ¿Es un dios?

— El es el único Dios. Lleve a Shukla esta noche a un encuentro con El.

Gita creía en muchos dioses; pero no en un espíritu todopoderoso. En realidad, tal necesidad la enfurecía. Pero esta vecina que le había presentado a Jesucristo era una de sus mejores clientes, que muchas veces compraba sus encurtidos caseiros.

Una noche, con desgano se ubicó en el último asiento del templo. Desesperación y obligación la habían escoltado allá, y ahora Dios tendría que realizar un milagro para que ella creyera en El. Para más seguridad, sostuvo en posición vertical a su hijita, para que este Dios no pretendiera no haber visto a la débil criatura.

— ¿Es ese Jesucristo? — preguntó Gita señalando a un hombre blanco, alto, que estaba en la plataforma.

Su vecina sonrió al inclinarse hacia ella para explicarle.

— No, ese es un sacerdote de Jesucristo. Su nombre es Mark Buntain. Jesucristo ya está aquí. Su Espíritu está aquí.

— Entonces, ¿cuándo va a sanar a mi hijita?

— No sé; tal vez no sea esta noche.

— ¿Quiere decir que tengo que volver a este lugar?

La vecina asintió con un movimiento de cabeza.

Gita no resistió a la tentación de demostrar su decepción con respecto a la respuesta de su vecina.

Bajó penosamente por las gradas momentos después de la bendición final. Su vecina la siguió de cerca. Los ojos de la joven madre se hundieron más por cada paso que daba, evitando a quienes deseaban saludarla.

— Este supuesto Dios no tiene poder — refunfuñía para sus adentros.

De pronto, una voz profunda se oyó entre la multitud.

— ¡Espere!

Gita dio tres pasos más antes que la mano de Mark la tomara por el hombro.

— Buenas noches, señora. Soy el Pastor Buntain.

¿Quisiera decirme cómo se llama?

— Gita — respondió ella nerviosamente.

— ¿Y ella? — Mark señaló a la criatura en los brazos de la mujer.

— Shukla.

— ¡Hola, Shukla! — Mark le topó levemente la nariz con su dedo índice.

— Señora, ¿de qué sufre su hija?

— Poliomiélitis — respondió Gita, preguntándole si trataría de sanar a la niña allí mismo.

— Esta niña va a mejorar — aseguró el hombre blanco —. Llévela a nuestro hospital mañana. ¡Que Dios la bendiga!

Gita salió de allí muy sorprendida por la confianza que demostraba el sacerdote. Ella se preguntaba si el hombre blanco había notado que las piernas de la niña estaban tan secas que sus pies se abrían en direcciones opuestas.

— ¿Cómo puede saber este hombre que Shukla va a mejorar? — le preguntó a su vecina.

— El habla con Dios. Es un hombre santo.

Por favor, sane a mi hija

Con el tiempo unos médicos operaron las piernas de Shukla. La niña todavía estaba bajo la

influencia de la anestesia cuando su mamá entró en el cuarto de recuperación. Gita se acercó silenciosamente al lado de su hijita mientras las enfermeras acomodaban unas camas allí cerca.

— Dios, no te conozco, pero si eres real, por favor, sana a mi hija — oró Gita, sentada a los pies de la cama, con la cabeza inclinada —. Voy a dedicarte esta niña si la sanas.

Mark estaba parado en la puerta cuando la mujer levantó la vista. Su cuerpo impidió que penetrara la luz del pasadizo a la habitación ya a oscuras.

— El la oyó — le aseguró Mark.

— Espero que así sea — dijo ella con monotonía.

— Sí, El la oyó.

— Gracias por ayudar a mi hijita — dijo Gita en son de alabanza.

— Tenga la bondad de agradecer solamente a Dios.

Varios días después, la niña fue dada de alta del hospital portando incómodos soportes de metal que le llegaban hasta la cintura. Los cirujanos de ortopedia recomendaron zapatos con suelas especiales para contribuir a que los huesos puedan desarrollar debidamente. Uno de los zapatos medía dos pulgadas (5 cm) más que el otro. Al principio era muy incómodo para Shukla, pero poco a poco se fue acostumbrando a los soportes incómodos en sus pies y piernas.

Sin embargo, después de cuatro años de terapia, uso de soportes de metal, oraciones y visitas de Mark Buntain, las piernas de Shukla seguían tan torcidas e inservibles como siempre.

Gita decidió que su alabanza de Mark Buntain y

de Dios había sido un poco prematura. Además, estaba segura de que Shukla nunca se sobrepondría a la cojera tan desagradable a la vista; pero no cobró valor para confesarle a su hija acerca de su desvaneciente fe.

Como un centinela, Shukla se colocó fuera de su choza para mirar a los otros niños que corrían y saltaban en la calle. Las piernas de ellos gozaban de tanta vitalidad y gracia. "Algún día yo correré — se prometió a sí misma —. Mamá me lo ha dicho."

Los niños se reunieron en grupo para elegir los dos equipos para el juego de fútbol. Algunos admiraban la pelota de basket dedicada para fútbol cuando uno de los muchachos gritó:

— ¡Tu equipo se queda con Shukla!

Los niños se rieron. El esfuerzo de Shukla por detener las lágrimas fue inútil. Entonces su hermano la cargó sobre la espalda y la llevó adentro.

— ¿Por qué se burlan de mí, mamá? — preguntó llorando, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

— Sólo se divierten. No lo hacen con la intención de dañarte.

— ¿Por qué no puedo ser como otros niños?

— Algún día llegarás a serlo, Shukla — prometió Gita y volteó la cabeza para encubrir sus lágrimas de incredulidad.

¿Cuál Dios sana?

Poco antes de que Shukla cumpliera nueve años se hizo evidente la necesidad de otra intervención quirúrgica.

El sofocante calor de Calcuta marcaba más de

cuarenta centígrados en el termómetro. Los intensos rayos solares castigaban a toda la ciudad, incluso la habitación del hospital donde estaba Shukla. Mientras otros pacientes estaban acostados encima de sus sábanas, Shukla escondía sus deformadas piernas debajo de las suyas. El frágil cuerpo de la niña apenas se veía como un bulto sobre la cama cuando el pastor Buntain pasó revista a la habitación, que parecía una cuadra de ejército durante alguna guerra.

— ¿No sientes calor, Shukla? — preguntó.

— Estoy bien — sonrió ella.

— Bueno, los médicos me dicen lo mismo. Todo va a resultar bien. Pronto vas a poder caminar, porque Dios quiere que camines.

Shukla le sonrió al bondadoso hombre de oreja a oreja. Tenía tantos deseos de creer lo que le decía y creer en su Dios.

— Mamá, ¿quién es Dios? — preguntó Shukla al volver a su casa del hospital después de su segunda intervención quirúrgica.

— Hay muchos dioses. ¿A cuál te refieres?

La niña miró de soslayo sin hacer caso a la pregunta de su madre.

— Entonces, ¿quién creó los dioses? ¿Tienen padre?

— No; en realidad, no. Sólo son dioses.

— ¿Cuál de ellos es el Dios del señor Buntain? El me dijo que su Dios me va a sanar.

Gita se inclinó y miró con ceño a los ojos indagantes de su hija.

— No hay tal dios. Nuestros dioses te sanarán. No el Dios del hombre blanco. ¿Comprendes? — gritó Gita.

— Sí, mamá — respondió Shukla sobresaltada.

Le pareció injusto que su madre tratara a ese Dios con tanta falta de respeto.

La niña solía permanecer despierta por la noche pensando en lo bueno que debía ser ese Dios al preocuparse por las piernas de ella. *El debe ser amable y poderoso ya que sana a la gente. ¿Se parecerá en algo al señor Buntain?* — reflexionaba —. *Debe ser así ya que el pastor Buntain lo adora.*

Un año más tarde, Shukla podía usar zapatos corrientes y dejar los soportes de metal.

— Date cuenta, mamá, Dios me está sanando — decía con regocijo.

Gita no estaba segura con respecto a cuál dios se refería Shukla, pero asintió con un movimiento afirmativo de cabeza delante del médico de turno del hospital de Mark.

Atraída al Dios vivo

Más tarde, incomodada por la curiosidad de su hija, Gita le prohibió a Shukla hablar del Dios del hombre blanco y asistir a los cultos de la iglesia evangélica. Los domingos por la mañana, la niña miraba desde su puerta a los vecinos que iban de camino a algún culto evangélico. Mujeres portando tobilleras de metal y sus mejores *saris* desfilaron por el lado de Shukla. Los hombres, vestidos de corbata y camisa y túnicas de algodón lucían peinados con preciosos adornos. Shukla deseaba poder acompañarlos, pero temía que su madre la repudiara si lo hacía.

Con cada domingo que pasaba, se hacía más

intenso su deseo de llegar a saber más acerca del Dios de los cristianos. *Cómo quisiera que mamá me comprendiera y no me castigara si fuera al templo de ese Dios*, soñaba Shukla.

Una tórrida tarde de verano, la doceañera salió a escondidas en busca del Dios a quien amaba, para rendirle homenaje por fortalecer sus piernas. Aunque cojeaba torpemente camino al templo, no era prisionera de sus soportes de metal. Estaba muy agradecida por ello. El inmenso edificio le hizo sentir escalofríos por toda la espalda, tanto que por un momento quedó como paralizada.

Aquí es. Este es el lugar donde está el Dios del señor Buntain. Shukla subió por los escalones que, para ella, eran como la senda que conducía al trono de esmeralda de Dios. Desde su asiento la jovencita pasó revista al interior del templo tratando de localizar la imagen de Dios; pero sin lograrlo. *Debe ser hermosa — pensó —; algo digno de un Dios de amor.*

Mark comenzó leyendo de un libro llamado Romanos: **“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (3:23).** Continuó con otro pasaje: **“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (6:23).**

Shukla comprendía el significado de la vida eterna. Su madre le había enseñado los principios de la reencarnación. Pero este hombre hablaba acerca de vivir en el cielo, un lugar desconocido para ella. No estaba segura de la ubicación. Sólo sabía que si su Sanador vivía en ese lugar, ella quería

estar allí. Ese día Shukla pasó al altar pidiendo que Mark orara por ella para recibir a Cristo como su Salvador personal.

Mark sonrió cuando le dijo a la jovencita que se arrodillara. Shukla no sintió ninguna sensación extraña ni oyó voces misteriosas cuando Mark oró por ella. En cambio, inmediatamente, se sintió aliviada y feliz, con la seguridad de ser amada como nunca antes.

Al salir del templo — con la sensación de ser una nueva persona — sintió una punzada de temor. *¿Cómo le voy a explicar esto a mamá?* se preguntó.

Una respuesta de oración

El paso de los años transformó a Shukla en una joven independiente. Seguía ganando fuerza en sus piernas cuando la desgracia nuevamente acosó a la familia. Su padre había perdido el empleo y tomaba desmedidamente; su hermano mayor se había escapado del hogar.

— Mamá, no llores — decía Shukla en son de consuelo —. Nada es imposible para Dios. Oraré y ayunaré. El Dios que me está sanando le ayudará a papá a hallar un nuevo empleo y traerá a mi hermano de vuelta a casa. Entonces conocerás al verdadero Dios.

Gita se apartó de su hija y volvió a su cubículo para realizar ritos santos ante sus dioses. Shukla cayó de rodillas fuera de la guarida de su mamá y comenzó a orar.

“Señor amado, perdona a mamá por su incredulidad. Ella es una buena mujer. Por favor, mués-

trale que sus imágenes son del mal; muéstrale que eres el único Dios. Muéstrale cuán amoroso y poderoso eres, trayendo a mi hermano a casa y dándole un nuevo empleo a mi papá. Señor, concede mi petición.”

El hermanito de Shukla la ridiculizó por su oración, diciendo:

— Shukla, qué tonta eres al creer que Dios te puede ayudar. Aunque hubiera tal dios, ¿por qué piensas que te escucharía a ti?

Diciendo eso, le echó agua sobre la cabeza. Apenas vacilando, reanudó su misión. Sus débiles rodillas descansaban en el charco sobre el piso de barro. De su cabellera empapada goteaba agua en sus ojos cerrados. El atormentador siguió atacándola, tirándole objetos y haciendo ruidos perturbadores. Las rodillas de Shukla se hundieron más. Sin embargo, no se vengó. El Dios de su Biblia le enseñaba a no hacerlo.

Para asombro de todos, dentro del lapso de una semana Dios había contestado las oraciones de Shukla. Su hermano volvió al hogar y su papá consiguió un nuevo empleo.

Cuando Shukla se arrodilló en su habitación para agradecer a Dios, la puerta de madera terciada se abrió. Ella se protegió medio esperando ser asechada con un baldazo de agua. En lugar de ello alguien se arrodilló a su lado.

— Ten la bondad de decirle a tu Dios que estoy agradecida — expresó una voz conocida —. Ahora sé que El es real.

Shukla envolvió a su madre con un abrazo afectuoso. Mientras ambas se abrazaban, sin decir

palabra, Shukla sonrió hacia el techo. Estaba segura de que las velas de incienso ceremonial habían despedido su luz trémula por última vez en el cubículo de su madre.

— Díselo tú, mamá. El quiere ser tu Dios también — dijo Shukla con regocijo.

Capítulo tres

Ray

Jóvenes, sírvanse prestar atención — dijo el sacerdote irlandés aclarándose la garganta. Inmediatamente, dos mil muchachos se colocaron en posición de atención, con la vista fija en el regordete director del colegio. Ni siquiera se oyó un resuello.

— Hoy serán testigos del castigo de uno de sus compañeros — anunció el religioso, sosteniendo entre sus arrugadas y manchadas manos el micrófono. Su cabeza calva por encima de la sotana parecía un dedo del pie atisbando de una media café gastada —. Lo descubrieron fumando en los servicios higiénicos. Por consiguiente, se le darán treinta y nueve latigazos. Ray, ¡pasa al frente!

Los estudiantes se mordieron los labios para no reír cuando el muchachito de diez años de edad caminó con despecho y a zancadas hacia el director. Por cada paso, la idea de suplicar por misericordia o correr hacia la salida más cercana martillaba con más fuerza a oídos del jovenzuelo. *Mis amigos de la pandilla Escorpiones pensarían que soy un cobarde*, razonó. Finalmente, subió a la plataforma donde estaba parado el

sacerdote McConnell. Había una silla en el centro de la plataforma. Ray sabía por qué estaba allí.

— Bájate los pantalones — le ordenó el director.

Sesenta segundos después el muchacho estaba en posición para la “ejecución”. Sus pantalones cayeron al suelo cuando se inclinó sobre la silla. Sus nalgas daban hacia el público cuando la vara grasosa de bambú caía a chasquidos contra su piel.

Algunos de los muchachos sonreían; otros se acobardaban con cada golpe. Al décimo latigazo, ya había líneas rojas grabadas en la sentadera de color pastel del muchacho. Nuevamente pensó en suplicar por misericordia al sacerdote, pero sabía que sus compañeros de la pandilla desaprobarían cualquier reacción visible a la zurra. Recordó uno de los dichos favoritos de su papá: “Sólo los débiles lloran.” Por eso, Ray se mordió los labios para no quejarse y decir algo que más tarde lamentaría.

Uniéndose a los Escorpiones

El papá de Ray, un comandante que había servido en la Segunda Guerra Mundial, gobernaba su hogar como lo había hecho con su regimiento. Con rigor militar impuso el uso de un uniforme y asignó responsabilidades a los niños bajo su custodia. Deserción de las responsabilidades resultaba en una confrontación con una correa militar de cuero.

Aunque a Ray no le gustaba la disciplina de su papá, soñaba con ser igual a él: tosco y firme. Ray había heredado las velludas cejas de su padre, sus

delgadas mejillas y su mentón agudo. Su peinado era estrictamente militar.

Los padres de Ray se sentían orgullosos. Su hijo estaba internado en uno de los colegios de más renombre en la India. No obstante, fue allí que Ray llegó a ser un “Escorpión”.

El primer día en el tan estimado colegio, Ray fue testigo de la destreza rígida y la brutal influencia de la pandilla. El tomaba té con unas tostadas en el comedor cuando entraron dando patadas en el suelo cinco muchachos. Cayó el silencio cuando pasaban pavoneando por cada mesa.

— ¿Quiénes son? — le susurró Ray a un muchacho a su lado.

— Son los Escorpiones. ¡Cállate! — ordenó el muchacho al ver que la pandilla se acercaba a la mesa de ellos.

Luego clavó la mirada en su plato, con ojos demasiado grandes para estar ponderando en la comida. Continuó mirando fijamente al plato para evitar el intercambio de miradas con el líder de la pandilla, un alto y anguloso muchacho.

Los pandilleros comenzaron a desprenderse de los muchachos del otro lado de la mesa. Ray se rió entre dientes. Los brazos del líder se apoderaban de las tostadas de aquellos que estaban más cerca. Sus mofas hacían temblar a los muchachos menores. Sus ojos ardían como fuego: hermosos pero aterradores. Otro miembro de la pandilla, sentado al frente de Ray, usaba su pelo negro peinado hacia atrás de las orejas, con una guedeja divisoria en su frente.

— ¿Roban comida a menudo? — le preguntó Ray

al muchachito atemorizado.

— Sí, reciben cualquier cosa que desean — contestó.

El color volvió a su cara cuando la pandilla se levantó para salir.

Ray permaneció sereno durante el despliegue de poder de los Escorpiones. Los abusos le parecieron graciosos. En efecto, Ray prefería *dar* órdenes antes que recibirlas.

Después de algunas semanas llegó a ser un temido miembro de la pandilla. Por eso, las palizas en clase pertenecían a la rutina semanal.

Travesuras desafiantes

Una tarde, quedó sin llave la camioneta con los alimentos. Los Escorpiones ratearon como hormigas al ataque de un almuerzo campestre.

— ¿Sabes dónde están los alimentos? — le preguntó el sacerdote Wilson, entrando en el cuarto de Ray un rato después del robo.

— No — contestó Ray —. ¿Por qué me pregunta a mí? Hay miles de otros que pueden haberlos tomado.

— Estoy consciente de eso. No es que te esté acusando; pero ambos sabemos que tú y tus amigos son los que arman los problemas.

Ray, con la camiseta arremangada hasta los hombros, fijó la vista en el sacerdote y dijo en tono desafiante:

— Le dije que no están aquí.

— Perfecto — respondió el sacerdote —. Si los encuentro en otro lugar te debo disculpas. Pero si estás implicado, voy a enviarte de regreso a tu casa.

— Bueno . . . creo que esperaré sus disculpas — insistió Ray, con la mandíbula en alto.

El frustrado instructor dio un golpazo con la puerta al salir del cuarto. Ray, con una sonrisa traviesa, sacó de debajo del colchón un pedazo del queso desaparecido.

Sus malas calificaciones eran razón suficiente para que fuera expulsado. Ray se negaba a estudiar o hacer sus tareas; para él la escuela era un parque de diversión. Ni palizas, ni restricciones ni humillaciones en público podían motivar al muchacho al aprendizaje. El prefería las travesuras.

Una tarde, el sacerdote McConnell mandó llamar a Ray y a uno de sus compañeros de clase, llamado Shyamal, a su oficina. Los muchachos habían sido descubiertos en una pelea en el patio del colegio. Ahora esperaban al director para que les asignara un castigo.

— Si te atreves a acusarme porque te vendí cigarrillos, los Escorpiones te la pagarán — le amenazó Ray.

— No diré nada si me das otro paquete — susurró Shyamal con ira.

En ese momento, como un juez listo para escuchar un testimonio, el director entró en la oficina. Sorprendió a ambos muchachos al no pedirles detalles sobre la pelea. En cambio, la vara de bambú engrasada se hizo muy evidente, dejando poco qué decir.

Durante los días siguientes a los muchachos se les hizo difícil usar las sentaderas; tampoco podían solucionar sus pleitos. Cuando Ray le sacó sangre de la nariz a Shyamal, en otro patio del

colegio, el padre McConnell volvió a usar su vara. Pero esta vez Ray apareció como el único culpable. Con una tremenda sonrisa Shyamal salió de la oficina del director y tiró una mirada siniestra en dirección a Ray.

El gesto de desdén de Ray fue su modo de decirle: "Shyamal, me las vas a pagar."

Momentos después, los gritos penetrantes de Ray hacían eco con cada chasquido de la vara de bambú. Como los gritos se volvieron más escandalosos por cada golpe, el director decidió reducir la cantidad de latigazos. Ray se felicitó en silencio por su actuación convincente.

Escapadas nocturnas

A las siete y treinta una noche de diciembre, una campana grande a la entrada del colegio anunció a los estudiantes que era hora de ir a sus cuartos para hacer las tareas. Sin embargo, para los Escorpiones era una señal de que era hora de prepararse para otra escapada no autorizada al centro de la ciudad. Saltaron sobre el muro de cemento colocando un barril a modo de escalera.

Después de asaltar un triciclo de carga y de fumar unos *bidis* (cigarros del hombre pobre), los muchachos vagaron por fuera de un teatro que presentaba funciones toda la noche. Uno de los muchachos, al tratar de meterse a escondidas, fue capturado por el administrador del teatro. El obeso hombre vestido de terno blanco decidió no llamar a la policía cuando los demás miembros de la pandilla lo acorralaron, amenazándolo con los puños cerrados.

A la mañana siguiente, los Escorpiones volvieron al colegio. Entraron por el portón marchando como un escuadrón. Uno por uno fueron escoltados a la oficina del director para recibir sus azotes. El corredor resonó con los ecos de gritos, aullidos y gruñidos.

Ray también esperaba recibir una paliza al ingresar en la oficina, pero no fue así.

— No vas a recibir ni un latigazo — le dijo calmadamente el sacerdote —. Tus padres han mandado a decir que debes volver a Calcuta. Parece que ya no pueden pagar la pensión. Lo siento; te pondrán en otra escuela. Si fueras más estudioso y te portaras mejor, tal vez habríamos podido ayudarte. Pero, a decir verdad, no te has empeñado en los estudios y has sido muy desbaratador.

Ni una palabra de disputa salió de los labios de Ray. El sólo fijó la vista en la pared.

Escuchando desde un banco en el pasillo, los camaradas de Ray quedaron asombrados por el silencio.

— Debes salir para Calcuta por la mañana. El sacerdote Wilson te acompañará — dijo McConnell y dio unos pasos lentos hasta llegar a su escritorio.

Se sentó sobre una esquina y, por primera vez, Ray se fijó que el sacerdote usaba calcetines blancos.

— Ray, quiero que prestes atención a algunos consejos. No pienses que puedes recibir lo que quieres por ser empedernido. Hay mucha gente mucho más empedernida que tú. Todavía eres joven. Si empiezas a esforzarte en tus estudios

podrás lograr algo con tu vida, algo más que herir a otras personas — el sacerdote McConnell hizo una pausa, luego extendió la mano hacia Ray, prosiguió —: Deseo que te vaya bien.

Ray miró la mano pálida extendida hacia él, luego salió de la oficina sin prestarle atención a aquella mano que le había infligido tanto dolor.

De vuelta en Calcuta

Calcuta parecía un interminable montaje de ventanas y letreros cuando Ray y su acompañante pasaron por un mercado que Ray había visitado de niño. El se había olvidado de la cantidad de perros que rondaban por las calles. Hasta se había olvidado del olor de agua de cloacas estancado y de los mendigos que bloqueaban las veredas. En comparación, el colegio del sacerdote McConnell era un paraíso. De repente, le pesó como nunca el tener que abandonar la escuela.

Aunque la pensión en su nueva escuela en Calcuta requería menos recursos económicos, Ray comenzó a gastar más y más dinero de la familia en cigarros y alcohol. Y cuando no había rupias que conseguir en su casa, recurría al robo para mantener su vicio. Una puerta abierta o un puesto callejero desatendido eran fácil presa de la mano del muchacho.

Muy pronto Ray se hizo miembro de la pandilla local que tenía su lugar de reunión principal en el techo de la casa del jefe de la pandilla. La familia de Manaj trabajaba para un corporación grande, así que el bolsillo derecho de los pantalones del muchacho siempre estaba lleno de billetes. Hasta había

en su casa un inodoro de porcelana.

La contextura muscular de seis pies de Manaj se hacía notar muy bien bajo la camisa estrecha y los pantalones europeos. Cada noche, sus manotas distribuían libremente botellas de licor. Su rostro llano daba un impresión pavorosa, como si no tuviera cuencas. La violencia estaba grabada en él en forma de dos cicatrices en su mejilla derecha.

La apariencia similar de todo el grupo era señal distintiva de las pandillas callejeras: cintas en la cabeza, aretes, ralos mechones de pelo, cigarros pendientes de los labios como cañas, cuchillos escondidos debajo de las camisas, y ojos de fuego que se deleitaban del veneno del odio.

Humo de hachís con frecuencia formaba una nube sobre la terraza del lugar de reunión, oscureciendo el brillo de la luna. El alcohol y las drogas más fuertes a menudo enviaban un hechizo sobre los muchachos. Ellos se despertaban al amanecer babeando sobre el piso de baldosas. A veces deambulaban por las calles después del anochecer buscando una pelea en la cual involucrarse, una tienda a la cual robar o una prostituta a quien acosar.

Confrontación en casa

Ray había tratado desesperadamente de ocultar de su familia su dependencia del alcohol y sus actividades delictivas. Por consiguiente, no esperaba una confrontación cuando llegó a su casa, tarde, después de una noche típica con la pandilla. Pero sentado en una silla a la entrada lo esperaba su padre.

— ¿Dónde has estado? — el papá le preguntó con

voz firme.

— Con unos amigos, papá.

— Ya sé; pero ¿qué has estado haciendo con ellos?

Ray titubeó.

— Sólo estudiando. . . conversando. . .

Miró para otro lado para que su papá no pudiera sentir el mal aliento que despedía. Pero éste no se dejó engañar.

— Hueles a alcohol. ¿Has estado tomando?

— Sí, señor; he tomado.

Ray habló con voz firme, pero notó que su papá se sobresaltó con la respuesta.

— ¿Sabes que te hemos prohibido que tomes?

— Sí.

Alguien empezó a moverse en la habitación adyacente. El hombre alzó la voz.

— Deliberadamente has desobedecido a mis órdenes — dijo, como si se hubiera cometido un pecado imperdonable.

— Lo sé — admitió Ray.

— Has deshonorado mi nombre, el de tu madre y el nombre de toda la familia — continuó el papá.

Quería decir más pero las palabras se le trabaron en la garganta. Levantó las manos en un acto de frustración.

— ¡Habla mañana!

Esa conversación nunca se llevó a cabo. Como un oficial del ejército, el papá de Ray reconoció la falta de comunicación como una derrota personal con respecto al control de su rango. La desilusión y la culpa crearon un abismo aun más profundo entre él y su hijo. Dejaron de hablarse

el uno al otro, como dos mudos separados por una pared impenetrable.

Guerra de pandillas

Una pandilla rival gobernaba una zona de inmuebles tres cuadras al norte de la casa de Manaj. Batallas pasadas habían dejado heridas y cicatrices permanentes, incluso una herida profunda de un cuchillada inesperada sobre el ojo de uno de los miembros de la pandilla. Durante años las dos pandillas habían peleado, cada cual con su historia de victorias y derrotas. Pero las confrontaciones iban en aumento. Sus arsenales ahora incluían bombas de humo de elaboración casera y varias pequeñas pistolas de mano.

Cierta noche, las calles estaban vacías. Hasta los perros se habían esfumado. Como ya había sido anunciado, las pandillas se preparaban para una guerra; una guerra que determinaría quien tenía la supremacía en la comunidad. Lo único que los ganadores adquirirían era respeto, pero para los pandilleros ese era un precio válido. A la mañana siguiente, todo el vecindario sabría el resultado.

— Recuerden que nos ganan en número — advirtió Manaj, como si le gustara esa desventaja —. Tenemos que herirlos fuerte y de una vez. escojan a una víctima, hiéranla y vayan por la próxima. ¡Vamos!

Drogas y alcohol esperaban el retorno de la pandilla. Ellos esperaban que fuera una celebración de victoria. Los gladiadores portaban cañas de acero, tablas y cuchillos al bajar por las escaleras siguiendo a su comandante. Cautelosamente

se acercaron al patio de un edificio desocupado que los líderes de las pandillas habían designado para la batalla.

Los guerreros del bando opuesto estaban amontonados como un grupo de salvajes feroces esperando la señal de su líder. El joven que comandaba al grupo se arremangó la camisa. Su cabellera le cubría la frente. Apretaba con fuerza un pedazo de metal formado como espada. Ambos bandos se enfrentaron; dos boxeadores tratando de intimidarse con ojos agitados.

— Manaj, no estábamos seguros si iban a venir — gritó el enemigo desde un lado de la zona de guerra.

— Estamos aquí, Biji — afirmó Manaj —. Veo que trajiste a tus hermanitas — sonrió con presunción, acosando al enemigo que conocía tan bien.

— ¡Te arrepentirás de haber dicho eso! — dijo con firmeza el muchacho.

— No lo creo — contradujo Manaj, batiendo los puños hacia el grupo rival —. Me parece que tú trajiste unos cuantos cuerpos extra. ¿Qué pasa? ¿Crees que necesitas ventaja?

Observando el encuentro, por primera vez Ray se dio cuenta de que Manaj no era tan intrépido como sus amenazas. El también quería emparejar la desventaja.

Biju pasó la mano por el filo de su espada, y luego hizo señas a algunos muchachos para que se retiraran.

— ¡Listos! ¡Ataquen! — ordenó.

Los escuadrones se abalanzaron el uno contra el otro en súbito frenesí. Ray metió un cabezaso al

pecho de uno de los pandilleros del bando opuesto tirándolo de espaldas al suelo. Cayeron dispersadas las armas. El muchacho le dio unas vueltas a Ray halándolo del pelo fieramente, haciendo que un chorro de sangre le corriera por la frente. El guerrero de hombros anchos volcó a Ray al suelo de una patada en el costado. Luego otra patada. Al fin, Ray se levantó, con el diafragma magullado por las patadas.

— ¡Vamos! — se mofó el muchacho.

Ray se armó con un palo. Su adversario sólo tenía sus puños para defenderse. Ray fijó la mirada en los muslos del enemigo y le tiró un fuerte golpazo entre las costillas. Como un soldado vencedor se abalanzó sobre su presa.

A los ojos de su pandilla, Ray era un héroe, pero las aclamaciones sirvieron de poco para combatir el miedo que tenía de que sus padres se enteraran de ese aspecto de la pelea. Ray les pedía a los dioses que sus padres nunca llegaran a saber de los delitos y las actividades malvadas de su hijo.

Haciendo el alto

Pasaron varios meses. Era una noche calurosa, y Manaj estaba harto de sus compañeros. Había demasiado silencio; demasiado tranquilidad. El licor no le sabía a nada. Miró su cigarrillo y lo tiró al suelo.

— Vamos en busca de una muchacha para divertirnos un poco — dijo.

La sugerencia fue recibida con ojos impacientes.

— ¿Qué quieres hacer con la muchacha? — preguntó Ray en tono perplejo.

— Sobreexcitarla un poco — respondió Manaj sonriendo.

— ¿Piensas violarla? — preguntó Ray con las cejas arqueadas.

— Tal vez — respondió Manaj —. ¿Qué te pasa?

— Yo no pienso arruinar a ninguna muchacha. Mejor le pagamos a una y. . .

— No necesitamos pagar por ello — dijo Manaj con un gesto de desdén.

Los demás pandilleros se asombraron ante la resistencia de Ray. El había instigado muchos de los asaltos más atrevidos; ahora quería esquivarse de una hazaña relativamente sencilla.

— Escucha, Ray. O estás con nosotros o no — le anunció Manaj.

— Entonces, ¡no!

Hubo silencio entre los pandilleros cuando Ray bajó por las escaleras. Sus pasos rápidos resonaban como golpes de tambor. Luego se detuvo.

— Manaj — gritó —.

Manaj dio la vuelta. Sólo podía ver la cabeza de Ray.

— ¿Qué?

— Cuidate. De lo contrario no vivirás mucho tiempo.

Ray no esperó respuesta.

Cita divina

Ray trabajó de mensajero, de mozo y de representante de ventas. Luego un amigo le ofreció un mejor empleo. Con más dinero en el bolsillo, Ray se hundió aun más en el vicio de las drogas y el alcohol. Los músculos que había desarrollado levantando barras con pesas se volvieron como gelatina. Las venas en las yemas de sus ojos se

veían repulsivas. Sus mejillas se tornaron pálidas y su barba rala.

Una tarde, de pie en una cola fuera de un cine, Ray se frotó la nuca y no atendió a las súplicas de un mendigo ciego recostado contra una pared cerca de él.

Hombre inservible — pensó —. *Si todavía perteneciera a la pandilla te sacaríamos de tu miseria de una vez por todas.*

Ray dio la espalda al mendigo y avanzó en la cola, cuando de la nada, una voz familiar lo llamó. Ray miró al mendigo, asombrado.

— ¡Ray! — llamó nuevamente la voz desde atrás del mendigo.

De pronto, un compañero de trabajo lo asió del brazo.

— ¿Vas a ver esta película? — le preguntó Ray al joven.

— No, ésta no. Voy a ver *La cruz y el puñal*.

— ¿La qué?

— Es una película que dan en la iglesia del pastor Buntain.

— ¿Quién es Buntain?

— Es un predicador del evangelio. Creo que es la persona más amable que jamás he conocido. El da alimento a los niños y ayuda a los enfermos. ¿Te gustaría ir conmigo? Te presento a él, si lo deseas.

— No tengo ganas de oír cosas de Dios esta noche. Quiero ver a Clint Eastwood. Es mi actor favorito.

— Pero creo que te gustará más la otra película — insistió su amigo —; porque es acerca de *ti*.

Trata de drogas, alcohol y peleas.

— No lo creo.

— Vamos, Ray.

Ray titubeó.

— Bueno, si por alguna razón no puedo ver la película de Clint Eastwood, voy a tu iglesia.

— Dudo que puedas comprar un boleto — dijo el amigo evangélico de Ray con una sonrisa —; porque Dios quiere que veas la otra película.

Diez minutos más tarde la cola en la cual estaba Ray se deshizo. Se habían terminado los boletos para la función con Eastwood. Ray pensó ver otra película; pero fue atraído hacia la iglesia por las palabras de su amigo: “Dios quiere que veas la otra película.”

¿Sería cierto?

A la entrada del templo un hombre alto, blanco, trataba de mantener el orden entre la multitud. Ray pensó que debía ser el predicador de quien le había hablado su amigo. Un grupo grande de adolescentes lo rodeaban como si fuera una estrella de cine. Los padres sostenían fuertemente las manos de sus niños. La multitud llenaba la calle.

— No podré obtener un boleto — susurró Ray —. Hay demasiada gente.

— Es gratis — le dijo un joven, de pie a su lado —. No necesitas boleto.

— En ese caso, si quieres entrar, ¡sígueme!
— soltó Ray abruptamente.

A empujones comenzó a abrirse paso entre la multitud, olvidando que ese era un templo. Las puertas se abrieron y la multitud detrás de Ray

contribuyó a empujarlo hacia adentro.

A Ray no le pareció estar en un templo ni en un cine. Varios niños detrás de él estaban escupiendo, la calidad del sonido de la película no era tan buena como en un cine, y la pantalla no era lo suficientemente grande. *Al menos es gratis*, se dijo, consolándose a si mismo.

A medida que avanzó la película, a Ray comenzó a gustarle el personaje Nicky Cruz que era el jefe de la pandilla. Admiraba su dureza y su osadía. Pero se desilusionó cuando su estrella se convirtió al cristianismo. Ray podía imaginar un final más emocionante, tal como involucrar a David Wilkerson en una guerra de pandillas.

¿Cómo es posible que esto sea una historia verídica? se preguntaba mientras bajaba por las gradas del templo.

Encuentro con un viejo amigo

Cuando Ray se iba, vio a uno de los miembros de su antigua pandilla sentado en una baranda fuera del templo.

— ¿Qué haces aquí? — le preguntó Ray.

— Yo asisto a esta iglesia — respondió el joven.

— ¿Qué?

— Sí, esta es mi iglesia.

— Nunca supe que ibas a una iglesia.

— Hace un año que me convertí al evangelio. Me encontré con Mark Buntain y él me guió al Señor Jesucristo.

A pesar de que Ray estaba asombrado de que su amigo ahora era evangélico, no tenía ningún interés en escuchar acerca de su conversión; tam-

poco quería oír más acerca del predicador blanco. Inmediatamente cambió de tema de conversación.

— ¿Por dónde anda Manaj? — preguntó Ray.

El ex pandillero se humedeció los labios y pestañó dos veces.

— Nadie sabe, Ray.

El rostro de Ray se sonrojó.

— ¿Qué pasó? — preguntó.

— Unos jóvenes le dieron una buena zurra. Creo que después fue a parar a la cárcel — el amigo de Ray hizo una pausa —. ¡Cómo desearía una oportunidad para hablarle de Dios!

— El tiene su propio dios — le recordó Ray.

— Lo sé; pero me refiero al Dios verdadero.

— ¿Quién? — preguntó Ray para molestarlo —. ¿El Dios de la película de esta noche?

— ¡Ajá! El es real, Ray.

— Puede ser que sea real; pero no es para mí.

— ¿Cómo puedes estar seguro? Tú no sabes muchos acerca de El, ¿verdad?

— Lo suficiente para deducir que no lo necesito — replicó Ray.

— Acompáñame a la Escuela Dominical y entérate acerca de quién es Dios realmente. Escucha la predicación de Mark Buntain. Eso transformará tu vida.

— No. No el domingo. Ese día voy a ver la película de Eastwood.

— Sólo por esta vez. ¡Ven conmigo! — suplicó el joven creyente.

El murió por ti

De mala gana Ray aceptó ir a la iglesia donde Mark Buntain era pastor; más que nada para com-

placer a su amigo tan persistente. Y, para asombro suyo, ese domingo experimentó un poder nunca antes sentido. Hasta vio a personas que sonreían, y que se daban vuelta en su asiento para abrazarse unos a otros.

El hombre blanco que había batallado con el gentío la noche de la película estaba hablando y moviéndose en la plataforma. Ray no podía comprender por qué el predicador hablaba tan rápido y movía tanto el cuerpo. Sin embargo, era como si el canadiense, Mark Buntain, conociera toda la vida de Ray. Todas las historias que contó y las porciones de las Escrituras que leyó podían aplicarse a Ray.

— Si quieres ser feliz, deja de pelear, deja las drogas y el alcohol y sigue al Señor Jesús — dijo Mark —. El murió en la cruz por ti. Clavaron sus manos a esa cruz. El permitió que horradaran las palmas de sus manos para demostrarte cuánto te ama. A cambio, El quiere que lo sirvas. El te ama. Nosotros te amamos.

El corazón de Ray latió con más fuerza al considerar las palabras del predicador. Podía sentir el amor del hombre blanco. Luego pasaron por su mente escenas de la película de Nicky Cruz. Podía verse a sí mismo como Nicky Cruz, el fiero peleador callejero, sin conciencia para refrenar su odio.

¿Cómo puedo llegar a ser como Nicky? ¿Cómo puedo saber que Dios existe? — pensó —. Yo soy muy malo.

Ray cerró con fuerza los ojos, y dijo:

“Dios, si eres real, quítame el vicio del alcohol,

las drogas y los cigarros. Estoy cansado de odiar, cansado de pelear. No entiendo por qué me amas. No he hecho nada por ti. Te he maldecido y he herido a muchas personas. No me parezco en nada a ese predicador. ¿Por qué me quieres?”

Un clamor por misericordia

Pasaron unas semanas antes que Ray se armara de ánimo suficiente para pedir la ayuda del hombre blanco. Era al mediodía cuando Ray tocó la puerta de Mark Buntain; pero nadie contestó. En la capilla ensayaba el coro de niños. Ray se sentó en el último banco para escuchar, con la esperanza de que Mark volviera pronto. Poco a poco fue adelantándose, tarareando la melodía que cantaban los niños. Los niños y el director del coro cantaban y se reían de Ray simultáneamente. Al fin, el profesor de música lo invitó a unirse con ellos en la plataforma.

Poniéndose de puntillas, un muchachito vestido de color azul, susurró al oído de Ray:

— Este coro es para niños.

— Lo sé — dijo Ray, achicándose un poco —; pero yo soy un niño.

Una sonrisa burlona apareció en el rostro del niño.

— Entonces, ¿qué es esto? — preguntó mientras tiraba fuertemente de la barba de Ray.

El ataque a su barba, aunque no le sacó sangre, le trajo recuerdos de su vida con la pandilla. Las peleas, Manaj, las drogas. . . Un mar de horribles recuerdos corrieron por su mente. Sin embargo, Ray, el homicida, el drogadicto, estaba can-

tando feliz en la casa de Dios junto con niños de la escuela primaria. Y por alguna razón inexplicable, Ray sabía que allí es donde pertenecía.

Después que salieron los niños del coro, la capilla quedó sumida en un silencio profundo. Mark todavía no había vuelto. Ray quedó sentado, solo, en el santuario mirando a la cruz en la pared de fondo, detrás del púlpito. Luego se miró las manos e imaginó el dolor que Cristo padeció en la cruz.

“Dios, ¿me puedes perdonar? — preguntó en un susurro —. Perdóname. Perdóname. Perdóname — comenzó a llorar y a hablar con más fuerza —. ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Perdóname!”

Un profesor corrió a la capilla para ver quién hacía tan desesperadas súplicas.

A Ray no le importó. No le habría importado si su papá, Manaj o miles de amigos hubieran estado allí mirándolo. De todos modos habría llorado y suplicado a Dios que tuviera misericordia de él.

Capítulo cuatro

Moti

Los acordes que brotaban del empolvado órgano Wurlitzer vibraban por todo el santuario y los cristales de color enviaban sus rayos de azul, verde, rojo y amarillo sobre la congregación. Mientras tanto, los feligreses estaban sentados reverentemente en los bancos de roble diseñados al estilo gótico. De las vigas de madera que corrían por el techo pendían ventiladores y focos de luz colocados estratégicamente. Un inmenso crucifijo de cerámica estaba colgado en la pared de fondo detrás de la plataforma, y varias imágenes de santos estaba colocados en el contorno de la catedral.

La congregación se puso de pie cuando el sacerdote y su séquito comenzaron el procesional. El sacerdote estaba vestido de una sotana de satén blanco y un adorno de cabeza que apuntaba hacia el cielo. Cintas doradas adornaban la túnica blanca y almidonada. Una bola de bronce en su vara reflejaba los dorados rayos de sol.

Vestido de una sencilla túnica negra, Moti iba delante del sacerdote cargando una cruz de bronce. El ornamento dividía el rostro del muchacho

en cuatro secciones al acercarse al altar. La mamá de Moti apreciaba esta parte de la liturgia más que cualquier otra. ¡Cómo se gozaba por cada paso que daba su hijo! Toda madre deseaba que su hijo pudiera ser el que desfilara con la cruz en el procesional.

Moti fue bautizado de niño y dedicado a Dios — se dijo a sí misma —. Gracias a nuestro hijo, Dios nos bendecirá.

Después que él cumpliera con sus obligaciones litúrgicas, la mamá de Moti abrazaba contra su pecho a su delgado hijo de catorce años, besándole sobre su reluciente cabeza negra.

“¡Eres tan buen muchacho!” declaraba.

Sin embargo, Moti encontraba muy poca satisfacción en su puesto “santo”. El hecho de que fuera el que llevaba la cruz en el procesional enorgullecía a su familia. *Razón suficiente para continuar en mi cargo por unos años más*, supuso él.

Para él la única ventaja consistía en tener libre acceso al vino de la comunión. El y sus monaguillos comprendían un pequeño clan de saboteadores, que robaban, frecuentemente, una o dos botellas para consumo propio.

La tentación de poder

Durante el siguiente año, Kalu, uno de los monaguillos, pasó de cometer pequeños robos a la hechicería. El servía la comunión en la iglesia los domingos y se dedicaba a la hechicería durante demás días de la semana.

— Moti, ¿quieres tener verdadero poder? — le preguntó Kalu un día.

— Yo . . . yo . . . — murmuró el flacuchento joven, sin saber qué responder.

— Permíteme enseñarte de dónde puedes recibir poder — lo interrumpió Kalu.

Moti estaba indeciso. Durante varios años él había ocultado sus vicios de la familia. La hechicería sólo dificultaría su fachada.

— No puedo — respondió renuente —. Estoy a punto de casarme. Mi familia es cristiana; no lo comprenderían.

— No tienen que enterarse. Moti, permíteme mostrarte cómo puedes hacerte rico con estos poderes — le suplicó Kalu —. Podrás darles muchas cosas a tu esposa y a tus hijos. Necesito un colaborador; alguien que me ayude. Ven conmigo a medianoche y verás.

Al fin Moti asintió. Cuando era jovencito, su mamá le había dicho que los hechiceros eran malvados y que no tenían poder. En cambio, Kalu pretendía tener poder para dar prosperidad o pobreza. Moti sentía curiosidad.

Pero se arrepintió de su curiosidad cuando Kalu le reveló el punto de destino: el crematorio ardiente donde eran cremados los muertos. Aunque Moti había pasado por ese lugar muchas veces, nunca se había acercado. Al inhalar el aire putrefacto, su estómago se rebeló, vomitando un líquido de color café sobre sus sandalias gastadas.

— Te acostumbrarás — le sonrió Kalu —. Ya estarás bien.

El muchacho indio, alto y moreno, tenía labios más grandes que la mayoría de su raza y cabellos muy crespos.

Moti se secó los labios con el antebrazo.

— ¿Por qué tenemos que entrar? — preguntó, con la sensación de que iba a volver a vomitar.

— Allí es donde debemos recibir el poder.

A Moti le dolía la cabeza.

— Creo que no quiero tener nada que ver con el crematorio — dijo.

— ¡Vamos! — le dijo Kalu abriendo el portón y señalándole que entrara.

— Quiero irme — dijo Moti con voz que se le quebraba.

— Sólo sígueme — le indicó Kalu —. Todo está bien.

— Yo no estoy bien — le explicó Moti con un susurro.

— Nos iremos dentro de una hora — prometió Kalu.

Echando maldiciones

El hechicero cruzó el patio circundado de grandes árboles y enredaderas como pulpos que colgaban del alambrado. El joven fue a un rincón del patio donde Kalu vació su mochila. Se puso un collar al cuello, hecho de algo que parecía dedos de seres humanos, y varios brazaletes en las muñecas. Se quitó los pantalones y comenzó a hacer cabriolas por el patio, vestido sólo con su camisa de algodón.

Moti tembló al observarlo con incredulidad. Pensó si debía correr hacia el portón, a unos cincuenta pies de donde estaba; pero sus sandalias estaban pegadas al suelo.

Algunos minutos después, el hechicero volvió a su bulto. Sacó dos huevos con marcas extrañas y

los puso en el suelo. De nuevo Kalu danzó. Después de enterrar los huevos, Kalu se levantó y comenzó a mover los brazos en el aire de modo salvaje, cantando de manera incomprensible.

Momentos más tarde, Moti se pasó las manos por el pelo, feliz de que había terminado el ritual.

— ¿Qué es lo que hiciste? — preguntó Moti asombrado.

— Acabo de maldecir a Narwal — sonrió.

— ¿Por qué hiciste eso? — preguntó Moti —. El es nuestro amigo.

— No te preocupes. No es nada serio — le aseguró Kalu —. Estará enfermo por un día. Mañana en la noche desenterraremos los huevos que tienen escrito su nombre y sanará.

Eso no convenció a Moti.

— ¿Estás seguro de eso? — preguntó.

— Lo he hecho muchas veces. El estará bien.

Debe ser real

A Moti se le hacía difícil dormir. Podía sentir cada piedrecilla en su tarima. Por cada aullido del viento era como si el ángel de la muerte pasara por su lado. Esa noche había probado el mundo espiritual. Ese mundo lo intrigaba. Pero mañana sabría si de veras era real o si sólo se trataba de la imaginación de Kalu.

Al día siguiente Narwal no fue a la catedral para cumplir con sus responsabilidades. *¿Dónde estará?* se preguntaba Moti. El escéptico muchacho esperaba que sólo fuera una coincidencia.

Como si supiera lo que estaba pensando Moti, Kalu le contestó:

— Está enfermo.

— Lo voy a averiguar por mí mismo — dijo Moti mordazmente.

— Sí. . . ¡hazlo! — le dijo Kalu —. Pero no faltes a la cita a medianoche para que podamos hacer que esté bien nuevamente.

Moti averiguó que Narwal tenía fiebre. *Tiene que ser real. Si Kalu puede hacer que mejore hasta mañana, tiene que ser real*, decidió Moti.

La luna parecía un ojo a medio cerrar de un dios. Moti se sintió emocionado por la mera vista del crematorio a causa de lo que representaba: poder y autoridad. Hasta el olor era tolerable. Se abrió el portón y ambos espiritistas entraron en su santuario. Kalu bailó desnudo cantando su soneto antes de desenterrar el tesoro. Luego siguió bailando y cantando con melancolía.

— ¡Ven! — ordenó Kalu.

Moti se acercó con cautela.

— Está bien. ¡Acércate! Repite conmigo.

Moti se inclinó sobre los huevos y dio instrucciones balbuceando sílabas confusas.

— ¿Qué es lo que dije? — preguntó Moti.

— Dijiste que los espíritus son dioses y les pediste que te concedieran poder para sanar a tu amigo.

Moti se sintió traicionado. Kalu lo había engañado a decir cosas que Moti temía que llenaran de envidia al Dios de los cristianos contra los otros dioses.

Al día siguiente Narwal volvió a sus obligaciones en la iglesia. Con orgullo, Kalu proclamó su triunfo mientras él y Moti, con una crema blanca, le

sacaban brillo a las varillas y emblemas de bronce.

— ¿Crees ahora? — preguntó el hechicero.

— Sí, creo. Pero necesito ver más — dijo Moti con firmeza.

— Así será. Verás cosas que nunca antes has visto — pretendió con seguridad, incitando a acelerar al corazón de Moti.

— Kalu, ¿cómo recibes dinero de estos poderes? — preguntó Moti.

— Te lo mostraré esta noche, si vienes al crematorio.

Moti hizo un movimiento de cabeza en señal de aprobación.

Embriagado de poder

Esa noche, cuando Moti comenzó su caminata de más de dos kilómetros al crematorio, se sintió increíblemente liviano; como llevado por un ser con alas.

Al correr calle abajo, pasó por el lado de una bebida medio desnuda que gateaba sobre su afligida madre que estaba recostada sobre el escalón de una puerta. Moti estaba tan obsesionado por la aventura que les prestó poca atención. Le parecía que era conducido hacia un trono, un lugar desde el cual podría pronunciar juicios de muerte o de fortuna. Se preguntaba si lo que estaba haciendo era contradictorio al camino del cristianismo.

Por un momento se sintió culpable, pero decidió que quería poder y no un ritual cristiano. Entonces saltó por la reja que rodeaba el crematorio.

Kalu ya estaba allí.

— Ven, Moti, siéntate aquí — le indicó.

Moti notó una frialdad espantosa en la voz de su amigo.

— Te voy a enseñar cómo usar estos poderes para adquirir riqueza.

Moti fijó la vista en su joven maestro.

— Dame el nombre de alguien que es dueño de muchas rupias y que te disgusta — le ordenó el brujo.

Moti no podía pensar en ninguno.

— Muy bien, yo voy a sugerirte a alguien — dijo Kalu —. El vendedor de alimentos que es dueño del quiosco de *samosa* (un bocadillo preparado de papas fritas que luego son salpicadas con harina). ¿Recuerdas que cuando éramos niños solíamos pedirle unas cuántas frituras? El sólo nos regañaba. ¿Lo recuerdas?

— Sí — respondió Moti empuñando las manos.

Kalu siguió con su demostración. Moti observó detenidamente cuando el brujo pintó un huevo con el nombre de ese hombre y comenzó con el ritual.

— ¿Tienes algunas preguntas?

— ¿Cuánto tiempo duran estas maldiciones?

— Días, tres meses, seis meses, un año, o para siempre.

— ¿Quieres decir que puede causar la muerte?

— dijo Moti tragando saliva.

— Sí — respondió el hombre sin dar señas de emoción alguna —. Sin embargo, si entras en la casa de un hombre muerto perderás todos tus poderes. No entres en la casa de un bebé recién

nacido ni tampoco vayas al cementerio.

— ¿Por qué no? — preguntó Moti intrigado.

— Te lo diré en otra oportunidad. Por ahora, sólo créelo porque lo digo yo.

— ¿Y qué del vendedor? ¿Cuánto tiempo durará su maldición? — preguntó Moti dando señas de preocupación.

— Por tres meses; pero si nos paga no sufrirá daño alguno.

Una semana después Kalu y Moti decidieron visitar al hombre.

Aunque la casa del vendedor no era extravagante, era mucho mejor que las casas a las que estaban acostumbrado ambos jóvenes. Había luz eléctrica y, por primera vez en su vida, Moti vio una cama de bronce.

El vendedor dormía. Su cuerpo estaba tieso, como si lo hubieran sacado de un ataúd. Un abdomen hinchado como un globo debajo de la frazada era la única señal de vida. Su esposa le topó el hombro, y el hombre inmediatamente se incorporó de su posición tiesa. Bostezó y se retorció antes de darse cuenta de que sus rostros eran extraños para él.

— ¿Quiénes son ustedes? — murmuró.

— Somos brujos. Hemos puesto una maldición sobre usted. Si nos da trescientas rupias no morirá — dijo Kalu.

— ¿Por qué han hecho eso? — preguntó con enojo.

— Sólo hacemos lo que los dioses nos ordenan. Usted ha desagradado a los dioses — le explicó Kalu.

De un salto el hombre se levantó de la cama.

— Tomen este dinero y retiren la maldición — suplicó, tirándole a Moti lo que parecían ser billetes nuevos.

Esa noche Moti volvió a su casa con cien rupias. Nunca antes había recibido tanto dinero.

— Fue tan fácil — musitó —. Tengo que aprender más de Kalu.

Y él aprendió más.

Horrorizado y atormentado

En los siguientes años Moti siguió practicando la brujería. Con los ingresos adicionales, ya no tenía que restringirse a tomar el licor ilegal, muchas veces contaminado. Podía darse el lujo de beber los mejores licores embriagantes de Calcuta. Su esposa, Ravina, y sus cinco hijos no sabían nada de sus prácticas espiritistas ni de su alianza con los poderes de las tinieblas. Sólo estaban conscientes de su devoción al alcohol.

Muchas veces Moti bebía solo en el crematorio, olvidando el hedor y los escombros a su alrededor. El crematorio era su territorio. Se sentía a gusto allí; hasta una noche en que percibió que su vida estaba en peligro.

Aun en su estado de embriaguez, Moti se fijó en que la neblina parecía subir desde la tierra roja del patio interior del crematorio. La visión de Moti estaba ofuscada por la capa de niebla tanto como por el whisky que se precipitaba por sus venas. Tenía la barba sin afeitarse y el pelo sin brillo envuelto sobre la cabeza. De pronto, a Moti le pareció oír que alguien lo llamaba por nombre. Soltó la botella al suelo.

— Moti — gruñía una voz dentro de su mente.

Quería correr, pero la reja de alambre se había transformado en una jaula, y los efectos del alcohol lo tenían perplejo y confuso.

— Moti — rezongó nuevamente la voz.

Moti sacudió la cabeza en un intento de silenciar esa voz interior.

— ¿Quién es? — preguntó tembloroso.

Pero no hubo respuesta.

— Kalu, ¿eres tú?

— Moti — resonó la voz.

Los ojos de Moti se ofuscaron más todavía. Se preguntaba si estaba pasando por otra alucinación relacionada con el alcohol. Sea como fuere, parecía muy real, porque de la niebla humosa emergió una figura.

Moti fijó la mirada en la piel verde y escamosa que colgaba floja sobre sus extremidades arqueadas. La nariz en el rostro monstruoso consistía de dos huecos que parecían poder emitir llamas de fuego en cualquier momento. La boca y las cavidades de los ojos de la criatura eran de un rojo vivo, que espumaban una saliva oscura. El pelo estaba arreglado en trenzas finas.

— Moti — se rió.

— ¿Eres real? ¿Qué deseas?

— Oye, quítate la vida — sugirió la figura demoníaca —. Ya no hay más felicidad para ti. ¡Mátate!

La espantosa voz siguió negociando por la vida de Moti. El brujo se estremeció cuando la voz aumentó en volumen. Le pareció que todo el planeta era afectado por la mano del demonio y que el crematorio estaba por desplomarse.

— ¡Moti! ¡Moti! ¡Moti! — se mofaba la voz.

El joven gritó al retroceder contra la reja. Entonces, de un salto se vio en la calle, corriendo en busca de asilo.

Aunque Moti nunca supo si era una alucinación o no, no tuvo el valor de volver al crematorio hasta después de un mes.

Una respuesta de oración

Mientras tanto, la esposa de Moti había empezado a asistir a los cultos de la iglesia donde Mark Buntain era pastor. Ravina había aceptado al Señor Jesucristo como su Salvador personal y tenía un deseo ardiente de que Moti la acompañara a la iglesia donde había hallado vida nueva. Pero vez tras vez su esposo rompió su promesa de acompañarla, prefiriendo consumir una botella del whisky "energizador" que escuchar a un sacerdote "sin poder".

— ¿Por qué no me acompañas al culto este domingo? — le preguntó.

— Un sacerdote no me puede decir nada que yo necesite saber — respondió ofreciendo resistencia.

— El pastor Buntain es diferente a la mayoría de los sacerdotes. Dios habla por medio de él. La gente es sanada.

— No tengo tiempo.

— Por favor, acompáñame por esta vez nada más.

Para poner fin a sus súplicas, Moti dijo:

— Si me dan deseos, iré.

Y volvió a su botella.

Pero al llegar el domingo, Moti estaba por otro lado. Con lágrimas en los ojos, Ravina salió sola. Para ella era un privilegio caminar hacia el templo por la calle El Parque porque estaba tan bien pavimentada. Casi siempre caminaba por calles de tierra. Al pasar por la muralla de cemento llena de inscripciones anónimas de la escuela secundaria, pensó en el vicio por la bebida de su esposo y las promesas quebrantadas. Apesadumbrada por el desánimo, se detuvo para descansar contra la pared.

— El está borracho más veces que sobrio — se lamentó —. Señor, que vaya conmigo a la iglesia algún día. El te necesita. ¡Oh, cuánto necesita de tu ayuda!

Ravina podía oír el estruendo de los cánticos y el acompañamiento con las palmas al subir por las gradas del templo. Se sintió agradecida de poder hallar un asiento. El pastor Buntain, vestido como siempre de camisa y corbata, dirigía los cánticos y las alabanzas con las manos en alto. El rostro radiante del predicador siempre intrigaba a Ravina. Algunos domingos se daba cuenta de que mientras la congregación oraba, ella sólo admiraba a Mark Buntain.

Ella acababa de abrir los ojos cuando un hombrezuelo se sentó en la banca junto a Ravina, brazo a brazo. Se sintió muy incomodada por los codazos del hombre, hasta que reconoció el olor de su aliento. ¡Moti acababa de sentarse a su lado! El había tomado, pero en eso momento eso no le importó a Ravina. Se sintió tan agradecida de tenerlo en la casa de Dios.

Diez minutos después Moti se levantó para salir. Pero, como un hombre en una noria, no podía pisar firme en tierra. Ravina asió de su camisa. Cuánto más *él* tiraba, tanto más *ella* tiraba. Temiendo que se rompiera la camisa, Moti se dio por vencido.

La voz insistente

Mark había predicado así como una hora cuando pidió a los miembros de la congregación que inclinaran la frente. Para Moti las palabras del predicador eran como flechazos; cada una cortaba dolorosamente a través del alcohol, alojándose en las hendiduras de su mente.

Mientras Mark oraba, Moti lloraba como un niño. Una serie de imágenes comenzaron a pasar por su mente, recordándole la vida malvada que había llevado. De pronto, como si alguien le hablara desde su interior, oyó una voz amante y consoladora, muy distinta a la que había oído en el crematorio.

— Moti, morí por tus pecados. Resucité por ti. Di mi cuerpo y mi sangre por ti. ¿Quieres seguirme?

¿Es realmente Jesucristo? se preguntó Moti.

— ¡Sígueme! — le dijo la voz —. ¡Sígueme, Moti! ¡Sígueme, Moti!

Moti estaba aterrorizado; pero a la vez lleno de asombro.

— Sí, Jesús, ¡te seguiré! ¡Perdóname! — dijo, poniéndose de pie.

Mark y Ravina colocaron las manos sobre el hombro de Moti.

— Jesucristo lo ama — dijo Mark sonriendo.

— Pastor, ¿quisiera usted pedirle al Señor que yo no lo haga enojar? — pidió Moti —. Soy una persona mala.

— Por supuesto, oraré por usted. Dios conoce todo acerca de su vida. El lo ayudará.

Era como si Jesucristo mismo hubiera puesto las manos sobre el hombro de Moti. El poder que sintió casi lo hizo caer de rodillas; sintió como escalofríos por la espalda. Instantáneamente, en cuerpo y mente se sintió purgado del alcohol y todas las tentaciones demoniacas.

Ravina nunca más percibió de Moti un aliento con indicios de alcohol. Nunca más faltó a un culto por ir a una cita con Satanás o la botella. Pero una noche volvió al crematorio.

Un Dios más poderoso

— Kalu — llamó Moti con voz aguda, cuando su amigo comenzó a vaciar la bolsa —. Esto es malo.

— ¿Qué dijiste? — preguntó Kalu frunciendo el ceño.

— Esto es mentira. Este poder es del mal. Este lugar es de Satanás; es su poder.

Kalu miró detenidamente el rostro de Moti, perplejo por el cambio repentino.

— ¡Vete, Moti, antes que te maldiga!

Moti no se movió.

— Permíteme presentarte a un Dios más poderoso.

Kalu desatendió la oferta. Comenzó a cantar sus mantras mientras Moti trataba de captar su atención.

— ¡Kalu! ¡Kalu! — gritó.

Finalmente Moti se fue, haciéndose una promesa de hablar con Kalu alguna otra noche.

Moti volvió al crematorio después de unas semanas. Kalu no estaba allí; había otro brujo. Una serie de campanillas pendían de sus tobillos. Grandes huesos colgaban del cuello y su cabello estaba cubierto de sangre, leche y agua. Espujo rojo escurría de su boca.

— Los dioses quieren que me des cinco rupias — declaró el hombre.

— ¡Tú y tus dioses mentirosos! — reprendió Moti —. ¿No puede tu dios darte cinco rupias? ¿Tus dioses quieren que mendigues por dinero? ¿Qué poder es ese?

El brujo arrugó la nariz mientras gruñía y apretaba los dientes. Comenzó a hacer unos movimientos rítmicos con los brazos en dirección a Moti.

— *Tus dioses exigen sangre. Mi Dios dio su sangre inmaculada. Tú necesitas a Jesucristo* — dijo Moti valientemente, sin dejarse afectar por las giratorias del brujo.

— Los dioses te destruirán a ti y a tu familia.

— ¡Satanás no me puede hacer daño!

Con toda calma, Moti observó al hombre mientras bramaba y danzaba. Al fin, sudando copiosamente se dio a la retirada.

— Caballero, tenga la bondad de irse — suplicó el hombre retorcido —. Su Dios es más poderoso que yo. ¡Déjeme en paz!

Al irse caminando en la oscuridad de las calles sin alumbrado, Moti casi podía oír a los espíritus demoniacos que se mofaban desde el otro lado de la reja. Unos pasos más allá, valientemente miró

hacia el cielo estrellado de Calcuta, como si hablara cara a cara con Dios.

— Gracias por tener misericordia de mí. . . por enviar a Mark Buntain. . . por darme una revelación de ti mismo. . . por morir en la cruz por mí — oró.

Sus pensamientos retrocedieron a sus días de la adolescencia cuando era el que llevaba la cruz en esas odiadas procesiones. Recordó como había odiado la túnica negra, la cruz de bronce y los servicios de liturgia.

Ahora, por primera vez, Moti comprendió el significado de la cruz como símbolo del poder de Dios. Cómo hubiera querido volver a vivir esos años; pero ¡de modo diferente!

Capítulo cinco

Gopal

El público se puso de pie. Los trajes de seda hechos a la medida y los vestidos de alta costura habían acolchado las sillas en el auditorio por más de una hora mientras un joven con aspecto como de estrella de Hollywood cantaba. Ahora les tocaba a ellos.

Las ovaciones retumbaban como una continua explosión. Las arañas de luces vibraban en el centro de conciertos; el techo y las paredes no podían encerrar el ruido. Los niños en la calle corrieron a la entrada para ver lo que de seguro tenía que ser un rey o un presidente. Flores, monedas y joyas cubrían el estrado mientras los aristócratas de Calcuta proseguían con su saludo.

El joven vocalista, bien vestido de un terno negro de corte europeo, hacía la venia y sonreía. Los aplausos siguieron un buen rato después que cayó el telón. Ingresando de nuevo por una abertura en la cortina, el cantante volvió a reconocer la ovación.

— ¡Gopal. . . Gopal. . . Gopal! — gritó la multitud.

Iba en aumento la fama de Gopal. El tenía el buen

aspecto de Clark Gable y la voz suave de Perry Como. Los periódicos y la radio predecían un futuro de estrella para el joven de renombre. Un columnista escribió:

— Tiene una voz de la cual nadie se puede cansar.

La llegada a Calcuta

Para el joven no había sido fácil arribar a la cumbre del éxito. Cuando Gopal era un bebé, su padre había muerto de una enfermedad desconocida. Los tíos de Gopal habían estafado a la madre de éste, Sushi, quitándole todas sus posesiones, con amenaza de hacerle daño a ella y al bebé si se negaba a cooperar con ellos. En lugar de hacer frente a sus atormentadores, huyó con un poco de dinero y se escondió en un tren que iba rumbo a Calcuta. Gopal apenas había empezado a caminar y tomar alimentos sólidos cuando él y su madre comenzaron su espantoso peregrinaje.

El tren no había avanzado mucho cuando la madre y su bebé fueron descubiertos detrás de un cajón de cereales.

— ¿Qué tenemos aquí? — preguntó el vigoroso conductor con voz firme.

La mujer no respondió.

— ¿Qué hace aquí? — gritó.

La mujer sostuvo con fuerza a su bebé, con la esperanza de que el hombre le demostrara compasión a ella y a su hijo.

— ¿Por qué está aquí? ¿Trata de no pagar el boleto?

— No tengo dinero — dijo suavemente, mirando

al suelo con ojos preocupados.

— Entonces tiene que bajarse del tren — le dijo.

— No puedo hacer eso.

— ¡Tendrá que hacerlo!

Los ojos de Sushi miraron el rostro salvaje del hombre, con la esperanza de que no los botara del tren en movimiento.

El bebé chilló en los brazos de su madre.

El hombre hizo un alto en sus preguntas, como si acabara de darse cuenta del bebé.

— Puede permanecer en el tren hasta la próxima estación, pero desde allí tendrá que vérselas de otra manera.

Sushi agradeció al conductor bajando la barbilla hacia el pecho y juntando las manos. El conductor no volvió para llevar a cabo su amenaza. En cada estación más personas se acomodaron sobre el techo del tren. Después de un día de viaje la locomotora arribó a Calcuta. La madre y su hijito bajaron del tren inadvertidos.

Desnutrida y sin empleo

Para Sushi, Calcuta era como un país extranjero. Nunca había visto a tantos mendigos en un solo lugar.

La estación del tren debe de ser el lugar donde se reúnen— pensó — ¡Qué deshonra mendigar cuando uno puede trabajar!

De pronto Sushi se dio cuenta de que ella y su bebé tampoco tenían ningún lugar adonde ir. Ella no tenía amistades en Calcuta y no tenía donde alojarse hasta encontrar trabajo. Su maletín contenía sólo una frazada y algunas sobras de alimen-

tos. Mientras el sol lentamente se ponía, Sushi buscó en el suelo un lugar desocupado. Su hijo, amarrado a su espalda, la hacía doblegarse. Al fin encontró un lugar aislado entre dos pilas de ladrillos.

— Esto queda bien hasta mañana. Entonces buscaré un lugarcito para nosotros — le dijo a su hijo.

La joven madre puso la cabeza del niño al abrigo de la bolsa y lo tapó con la frazada. Sus brazos desnudos temblaban al anidarse junto al bultito caliente. Ella chilló cuando dos ratas grandes corrieron entre sus piernas. La conmoción puso en función las cuerdas vocales del bebé.

La próxima mañana, Sushi caminó de puerta en puerta solicitando empleo. Gopal se hizo sentir en su frágil espalda.

— No, no tenemos empleo que ofrecerle.

Las respuestas hacían eco entre cada puerta. Gopal pedía alimento, pero las sobras de alimentos se habían agotado. Hasta la leche materna se había secado.

Al mediodía el cielo comenzó a nublarse. Sushi sabía que tenía que abandonar su refugio de ladrillos sin techo. La lluvia cosquillaba la piel de Sushi cuando el olor de arroz frito la llevó a una choza de madera y plástico. Los residentes, tres niños desesperados, la salvaron de la lluvia y le ofrecieron comida, que Sushi supuso era robada. Como gatos lamían la leche de cabra y comían *kitchri* (un plato similar a la sopa preparado de arroz y pequeños frijoles indios) con las manos. La choza estaba húmeda y oscura, y no había buena ventilación. Sin embargo, era un lugar de refugio y

Sushi estaba agradecida por ello.

Día tras día, puerta por puerta, las súplicas de Sushi por trabajo eran rechazadas. Nada. Casi nada.

— ¿Sí? — preguntó el hombre de cabeza calva que contestó la llamada con entusiasmo en la voz.

— Buenos días, señor. ¿Tiene algún trabajo que ofrecerme?

El hombre la miró de pies a cabeza.

— Tenga la bondad de pasar.

Al oír esas palabras, el corazón de Sushi se hinchó.

— ¿Cómo se llama? — preguntó.

— Sushi — respondió ella, mirando con admiración los cuadros en la pared.

— Sushi — repitió él —. Me gusta ese nombre. El hombre frotó el brazo descubierto de Sushi y ella lo miró extrañada.

— ¿Qué tipo de trabajo tiene? — preguntó respetuosamente.

— Mucho trabajo; pero primero me gustaría llegar a conocerla.

Nuevamente le frotó el brazo.

— ¿Cuál es el trabajo? — preguntó de nuevo, retirando el brazo del toque del hombre.

— Como dije, hay mucho que hacer; pero conozcámonos primero.

Pronto comprendió sus intenciones y salió corriendo por la puerta, dejando al hombre tirándole insultos.

Los pequeños dedos de los pies de Sushi estaban ampollados y sus rodillas hichadas por las largas cuerdas que había caminado. Su pelo trenzado

estaba desenmarañado y colgaba medio suelto por la espalda. Un lugarcito desocupado con piso de cemento fue un descubrimiento positivo para los pies cansados de Sushi.

Desde allí observó a tres niños bañarse por turnos bajo una bomba de agua de mano. Un hombre estaba agazapado en un rincón haciendo sus necesidades. El olor nauseabundo de los desagües al descubierto y las cenizas humeantes penetraron por las ventanas de la nariz de Sushi. Un pastor de ovejas corría de un lado a otro entre el rebaño, golpeándolas para que no se extraviaran.

¡Si sólo pudiera hallar algún trabajo! pensó. Ahora comprendía por qué había tantos mendigos. Hasta los trabajadores de experiencia tenían dificultad para hallar empleos de paga.

Un corazón abierto

Los golpes del monzón disminuyeron una tarde, dejando agua estancada en las calles. Sushi levantó un poco su *sari*, salió vadeando por el agua y tocó a una puerta.

La pequeña puerta de color amarillo se abrió.

— ¿Puedo ayudarle en algo? — preguntó una mujer de tez pálida.

— Busco trabajo. Mi bebé tiene hambre y yo estoy dispuesta a trabajar — suplicó Sushi.

— ¿Qué sabe hacer?

Sushi percibió un oído comprensivo.

— Puedo cocinar, remendar y lavar. Por favor, señora, mi bebé tiene hambre.

— ¿Dónde está su nene? — preguntó con una sonrisa más amplia.

— Está con algunos niños en un barrio.

— ¿Tienen algún lugar donde vivir?

— No, señora.

— ¿Dónde comen?

— Comemos con los niños.

Desapareció la sonrisa del rostro de la mujer.

— Traiga a su nene. Le daré trabajo.

— ¡Qué Dios la bendiga! — dijo Sushi haciendo una venia media torpe.

La mujer, llamada señorita Rosa, había venido a Calcuta de Australia, para trabajar como maestra. Llevaba el pelo recogido en un moño, su cutis era suave, considerando que ya había cumplido los cincuenta años de edad, y sus ojos estaban llenos de vida.

Mientras Sushi lavaba los platos de la cena, la señorita Rosa le leía la Biblia a Gopal y le enseñaba a cantar. Sushi trabajaba en silencio, escuchando desde la cocina. Al correr de los años, el muchachito de mejillas redondas creció y comenzó a entender lo que su abuelita adoptiva leía. Le escuchaba; le debía tanto. La señorita Rosa les había dado, a él y a su madre, comida adecuada y un colchón que compartir.

Descubriendo su talento

Cuando Gopal tenía ocho años de edad, la señorita Rosa lo mandó a un internado. Allí, en un esfuerzo por agradar a la señorita Rosa y a su madre, el muchacho sobresalió en los estudios. Muchas veces volvió a casa llevando en alto su tarjeta de notas. La señorita Rosa, de modo ceremonioso, lo premiaba con un beso en la mejilla y dos panecillos dulces.

Durante las reuniones devocionales en la escuela, el sacerdote Smithson dirigía a los muchachos en oración y cantos. El entusiasmo de Gopal por la música se hizo notar. Su voz resonó sobre las de los demás y la expresión de su rostro era similar a la de un niño el día de su cumpleaños.

Los niños se burlaban de Gopal por su manera de cantar y, de vez en cuando, le tiraban misiles de papel durante el devocional.

— Gopal es una niña — se burlaban —. ¡Gopal canta como una niña!

Gopal trataba de no hacerles caso, pero más y más compañeros de estudio lo estaban convirtiendo en el objeto de sus burlas.

Una tarde, mientras sus compañeros de clase jugaban en el patio, Gopal estaba sentado solo sobre un montón de arena, tirando canicas y tarareando una melodía que le había enseñado la señorita Rosa.

— ¿Por qué no estás jugando? — le preguntó el sacerdote Smithson, acercándose por detrás.

— Quiero estar solo — respondió Gopal, esforzándose por contener las lágrimas.

— ¿Por qué?

— No sé.

— ¿Es porque crees que no tienes amigos aquí?

Gopal fijó la mirada en la canica que tenía en la mano.

— Quiero estar solo; es todo.

— Te he oído cantar en los devocionales. Cantas bien.

Gopal no respondió y el sacerdote continuó:

— Te he incluido en el programa para la próxima

semana. Quiero que cantes.

De un salto Gopal se puso de pie.

— ¿Yo solo? ¿Delante de todos los alumnos?

— Sí. Será el próximo martes.

— Nunca antes he cantado solo — dijo con notable nerviosismo —. Además, todos se reirán de mí.

— No te preocupes por eso. El hermano Juan te ayudará a ensayar — le aseguró el sacerdote, dándole unas palmadas sobre el hombro —. Y no olvides que somos amigos. A nosotros nos preocupa lo que te sucede.

El ceño fruncido del muchacho desapareció cuando el sacerdote se alejó para prestar su ayuda en un caso de rodilla rasmillada.

El primer solo

El siguiente martes, unos minutos antes del devocional, la señorita Rosa apareció al pie del camarote de Gopal. Llevaba un paquete en la mano.

— ¡Señorita Rosa! — exclamó Gopal, saltando de golpe del camarote.

— ¿Cómo está mi muchacho? — preguntó con los brazos extendidos.

— Bien.

Su respuesta fue amortiguada por un abrazo de la señorita Rosa.

— Te traje ropa nueva. Quiero que hoy te veas lo mejor posible.

El muchacho abrió el paquete con la intensidad de un león que se lanza sobre carne fresca.

Los calcetines de color azul le llegaban a la rodilla y hacían juego perfecto con sus pantalones cortos. Su camisa blanca, de mangas cortas, esta-

ba planchada a la perfección y el nudo de su corbata bien hecho. Al caminar hacia el frente de la capilla, con la espalda recta, a Gopal le pareció que su reseca garganta se iba a pegar. Fijó la mirada en el delgado músico que haría el acompañamiento y tragó saliva.

El sacerdote Smithson sonrió. La señorita Rosa le dio una guiñada y elevó una corta oración. En los asientos de atrás los compañeros de Gopal se daban patadas. . . hasta que comenzó a cantar. Pronto cada oído estaba absorto por el canto del niño de nueve años, cuya voz parecía ser de un muchacho del doble de su edad.

Tanto alumnos como maestros aplaudieron. La señorita Rosa movió la cabeza en señal de aprobación, mientras sus manos se ocupaban de los aplausos. Como Gopal nunca antes había recibido aplausos, se sintió incómodo por la ovación. Quedó parado, sin poder moverse, por unos momentos; luego regresó a su asiento.

Más tarde ese día, el sacerdote Smithson atajó al muchacho cuando iba camino al comedor.

— Gopal, ¡qué bien cantaste!

— Gracias, señor.

Gopal siguió caminando en un intento de evitar una conversación larga.

Smithson lo tomó suavemente del brazo y dio vuelta al muchacho.

— Dios te bendijo con un buen talento. ¿Qué deseas hacer con él?

Sólo tengo nueve años. ¿Qué quiere decir? pensó Gopal. Siguió un silencio extraño hasta que el muchacho respondió:

— No estoy seguro, profesor. Me gusta cantar, pero no sé si soy tan bueno para eso.

— Yo tampoco sé eso. ¿Te gustaría averiguarlo algún día?

— ¿Qué quiere decir?

— ¿Quisieras especializarte si fuera posible?

Gopal seguía confundido. No sabía qué responder.

— Piénsalo, hijo — agregó el sacerdote.

Durante los siguientes años, Gopal cantó regularmente en los servicios devocionales y en encuentros especiales. Y el sacerdote Smithson no olvidó la propuesta. Matriculó al muchacho en un programa de educación superior. Allí el joven demostró tal progreso que el sacerdote hizo los arreglos necesarios para que Gopal pudiera estar con su madre y recibir clases en el Conservatorio de Música de Calcuta.

Mientras estudiaba en el Conservatorio, aumentó su buena reputación. Gopal se vio inundado de invitaciones de diversos agentes, administradores de radio y televisión, autoridades locales y dueños de restaurantes.

— Pronto serás rico — predijeron sus amigos del Conservatorio.

Abatido e insatisfecho

No es de sorprenderse que Gopal fuera cada vez más y más aplaudido, que el público aumentara en número y que recibiera mayores recompensas económicas. Sin embargo, Gopal salía de un auditorio repleto abatido e insatisfecho. Sus admiradores se aglomeraban alrededor de él, pero Gopal

no los veía. Sus pensamientos estaban nublados, inyectados con una ligera depresión.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó un amigo del Conservatorio, al notar la mirada ceñuda en el rostro de Gopal.

— No sé exactamente. Todo me va bien, pero no soy feliz.

— Yo soy el que debe estar infeliz — se rió entre dientes su amigo —. No he logrado el éxito económico que tú has alcanzado. No gano dinero cantando.

— No tiene que ver con dinero. Me gusta cantar y escribir canciones. El que me paguen por ello es aún mejor. Pero quiero lograr algo más con la música.

— ¿Qué más hay para un cantante?

— No sé. Tal vez sea sólo una fase que estoy atravesando. Tal vez se me pase, pero. . .

— Se te va a pasar — prometió el amigo —. ¿Qué tal si vamos a tomar algo?

— No, no puedo. Voy a cantar en una iglesia especial esta noche.

— ¡Una iglesia! — su amigo se rió de nuevo —. ¿Por qué perder el tiempo en una iglesia? No pagan bien.

Relampaguearon por su mente los recuerdos de la señorita Rosa y las historias de la Biblia que ella le había enseñado. Recordó el día en que ella le dio el abrazo de despedida antes de abordar el avión para Australia. El amigo notó que los pensamientos de Gopal estaban lejos de allí. Sus ojos no tenían brillo.

— Bueno, espero que te vaya bien esta noche,

Gopal — dijo el amigo y se excusó.

Gopal sonrió a medias, con un pequeño movimiento de cabeza, antes de volver a soñar despierto.

Una presentación diferente

Gopal había oído hablar de Mark Buntain y de la iglesia que pastoreaba; pero sabía muy poco de ambos. La plataforma era un poco más alta que las plataformas a las que él estaba acostumbrado; era un poco más alejada del público. No tenía importancia. Por esos pocos minutos el público era de él, a pesar de las condiciones. Sus canciones lo estremecían como había sucedido tantas veces antes.

Gopal todavía estaba asombrado de que el predicador blanco lo hubiera invitado a su iglesia. *No soy un cristiano dedicado* — pensó —. *Tal vez este hombre piensa que lo soy.*

— Gopal, gracias por venir — lo saludó Mark, dándole la mano como si fueran viejos amigos —. ¿Estás dispuesto a glorificar a Dios con tu voz?

Gopal eludió la pregunta.

— Gracias por invitarme — dijo.

— Démosle gracias a Dios. El es quien te trajo aquí esta noche.

Gopal desvió la vista de los ojos penetrantes del siervo de Dios.

Mark puso las manos firmemente sobre los hombros de Gopal y oró:

— Señor, usa a Gopal esta noche para mostrar a tu pueblo tu grandeza. Bendice cada canción, cada palabra, cada nota. Deseamos que sólo tú seas glorificado.

Gopal cerró los ojos. Podía sentir cómo se ruborizaba mientras el hombre blanco oraba. *Me sentiré feliz cuando salga de aquí* — pensó.

Antes que Mark terminara de orar, una orquesta pareció brotar del auditorio. Mientras Mark y Gopal avanzaban hacia la plataforma, Gopal se dio cuenta de un guitarrista que ajustaba un amplificador y de un músico que tocaba la batería a todo dar. El pianista, con la corbata suelta y el pelo flojo a los lados, golpeaba el teclado.

Gopal no sabía los cantos. Se sintió avergonzado por su falta de participación en el culto; sin embargo, trató de acompañar dando palmadas. Nunca había visto a tantas personas disfrutar de la música sin la influencia del alcohol que los hiciera aflojar un poco.

Me pregunto si todas estas personas asisten a esta iglesia o si han venido exclusivamente para oírme cantar — pensó.

Vestido de terno negro, Mark subió al púlpito.

— Es un honor tener esta noche con nosotros al hermano Gopal. Muchos de ustedes lo han oído cantar en otros lugares y conocen el talento que Dios le ha dado.

Un poco incómodo por las palabras de presentación del pastor, el joven fijó la vista en sus zapatos.

— Tengan la bondad de darle la bienvenida a nuestra iglesia a Gopal — dijo Mark dando un aplauso.

Mientras Gopal tocó su armónica y cantó con su conocido vibrato, muchos de la congregación inclinaron el rostro.

¿Qué he hecho para ofenderlos? — pensó Gopal —. *Seguramente se dan cuenta de que no comparto la misma fe.*

Su mente funcionó rápidamente mientras fluía el canto. *¡Ojalá estuviera aquí la señorita Rosa! Le hubiera gustado verme en este lugar.*

Según su costumbre, Gopal sostuvo la fermata cerca de un minuto al final de la última canción. Generalmente dejaba a su público en admiración reverente. Sus admiradores solían ponerse de pie para mostrarle su aprecio, pero casi todos los que estaban sentados en la primera fila habían cerrado los ojos. Una mujer a la mano derecha sostenía su *sari* con una mano y levantaba la otra mano hacia el cielo. No hubo aplausos. Sólo oraciones. Un poco confundido por la reacción, el artista volvió a su asiento.

Las canciones de Dios perduran

Al final del culto, Gopal saludó a los oyentes agradeciendo sus expresiones de aprecio. Mark Buntain también se puso en fila para conversar con el joven.

— Gopal, Dios quiere usarte. Sé que estás en pleno apogeo de tu carrera y que te espera más éxito; pero Dios tiene un plan diferente para tu vida — le dijo Mark —. Un plan mucho mejor.

El joven se puso tenso tratando de pensar en algo que decir.

— Todavía voy en busca de una situación que me convenga.

— Este es el lugar apropiado. ¿Quieres enseñar aquí?

Gopal se hubiera reído a no ser por la mirada seria en los ojos de Mark.

— No creo que sea posible. ¿Qué de mi carrera

y de mis canciones populares? No puedo abandonarlas.

— Dios te quiere aquí. ¡Piénsalo! Luego ve a verme — dijo Mark, tomando la mano derecha de Gopal —. Gopal, las canciones de Dios perduran.

Cuando Gopal salió por el portón del templo en un taxi, le pareció como si tuviera micrófonos pegados a los oídos, que le repetían las palabras del pastor: “Las canciones de Dios perduran; las canciones de Dios perduran; las canciones de Dios perduran.”

Veza tras veza oyó esas palabras mientras el taxi zigzageaba por las calles de la ciudad. Gopal levantó las solapas de su casaca sobre el cuello, tratando de descifrar lo que el predicador quiso decir. Estaba muy absorto en sus pensamientos cuando el taxista le avisó el precio por la carrera: “Veinte rupias.”

Pasaron cuatro semanas. Esfuerzos por escribir canciones de amor resultaron en papeles estrujados y noches de insomnio. Veza tras veza el viento susurró: “Las canciones de Dios perduran. Las canciones de Dios perduran.”

Las líricas de Gopal no tenían sentido; las melodías eran las mismas. Reclinándose contra la pared de su estudio, retiró la vista de los instrumentos.

— Sólo quiero cantar mis canciones — dijo, golpeando los puños contra la puerta.

Las canciones de Dios perduran — volvió a oír en su mente.

— ¿Significa eso que mis canciones no perduran? ¿Que se olvidan? — preguntó en voz alta.

Se calmó su breve rabieta.

— Puede ser que el pastor Buntain tenga razón. Estoy cansado de divertir a la gente por unos momentos. Quiero que mis canciones los acompañen. Quiero que perduren. Quiero que mis canciones ayuden a las personas, como la señorita Rosa me ayudó.

A la mañana siguiente Gopal vio al predicador observando a una señora que revolvía una sopa de lentejas.

— ¡Hola, Gopal! ¡Qué sorpresa! — le dijo mientras sonreía y el vapor de la sopa nublaba sus lentes.

— Buenos días, pastor.

— Estamos atrasados. En unos momentos debemos tener lista para los niños esta sopa.

Gopal estaba nervioso; inseguro con respecto a cómo empezar.

Mark volvió a hablar:

— ¿Qué te preocupa, amigo?

El joven fijó la vista en sus costosos zapatos de cuero, luego miró los zapatos de suela de goma de Mark.

— ¿Qué quiso decir con eso de que las canciones de Dios perduran?

— ¿Qué piensas tú que quise decir?

— Bueno — Gopal respiró profundo —. Creo que usted quiere decir que mis canciones no son de ayuda para las personas; que no seré feliz hasta que lo haga.

Mientras conversaban, la cocinera sacó el cucharón de la olla, absorta en la conversación al lado de ella.

— Creo que sabes lo que es correcto — dijo Mark

en tono suave, fijando una mirada cálida en los ojos del joven —. Cuando estés listo, tengo un puesto vacante para ti en nuestra escuela.

Lucha y tentación

La decisión de Gopal de trabajar en la escuela de Mark y dejar sus canciones seculares dejó perplejos a sus amigos y profesores del Conservatorio.

— Estás dando un gran paso atrás. ¿Por qué renuncias a todo lo que tienes? ¿Qué de tu carrera? Es una equivocación. Fíjate en todo el dinero que vas a perder. ¿Por qué no puedes cantar en la iglesia y también en los lugares acostumbrados? — le sugirieron.

Corrió por Calcuta la noticia de su nuevo cargo. Algunos de sus admiradores pensaban que había desaparecido, que se había ido a Londres o a Nueva York. Menguaron las solicitudes para presentaciones en la radio y la televisión y, pronto, Gopal no era reconocido en la calle o molestado por sus devotos. En cambio, se dedicó a enseñar a niños en un aula retirada. Cada vez que escuchaba un canción que solía cantar o se encontraba con algún compañero de estudios de antes, Gopal luchaba con la tentación de volver al negocio de entretenimiento.

Muchas veces pensaba en que allí, a lo menos, muchas personas escuchaban sus canciones. *Estos niños son demasiado pequeños para apreciar mi voz y mis canciones.*

Cierto día llegó una solicitud del director de una compañía de filmación bengalí, pidiéndole a Gopal que cantara la canción principal de una futura

película. El joven profesor se apresuró a la oficina de Mark con la esperanza de recibir la bendición del siervo de Dios.

— Pastor Buntain, hoy me llegó esta solicitud — dijo Gopal pasándole la carta.

Mark miró la carta sin expresión en el rostro.

— Esto es halagador. El hombre reconoce tu talento.

— Así parece — dijo Gopal con cautela.

— Satanás también reconoce tu talento, Gopal.

Inmediatamente el joven se dejó caer en la silla.

— El desea que vuelvas a cantar las canciones de antes. Sabe que eso te alejará de Dios, que te hará ganar mucho dinero y que te hará famoso. También sabe que con esa música no bendecirás a las personas ni glorificarás a Dios. Los niños te necesitan — dijo Mark —. Nuestra iglesia te necesita.

El joven profesor luchó consigo mismo por unos momentos, calculando su contradicción.

— Lo sé, pastor. ¿No puedo hacer ambas cosas?

— Ambos sabemos que eso no funcionaría, ¿verdad?

Mark esperó con paciencia la respuesta del cantante.

Los brazos de la silla abrazaron a Gopal como si fueran los brazos de Dios, impidiéndole cometer un error.

Gopal hizo un movimiento de cabeza y dijo:

— Gracias, pastor. Gracias por darme de su tiempo.

Unos momentos después, Gopal se inclinó

junto a un viejo cesto de basura en el corredor y miró los pedacitos de la solicitud desmenuzada revolotear al fondo. El simple acto de rendición puso en orden su entrega total a Cristo . . . ¡Una entrega que nunca lamentaría!

Capítulo seis

Tara

El colchón suave de Tara era de la mejor calidad. Sólo un grupo selecto de la India podía proporcionarles artículos de calidad a sus hijos. Cada una de las tres hijas tenía su propia habitación decorada con los más elegantes jarrones y muebles esculpidos del norte de Coimbatore. Las obras de arte que cubrían las paredes eran de envidiarse por cualquier galería de arte de Nueva York. Los vestidos de las niñas eran de seda y sus joyas de piedras preciosas, cosas que muy pocos niños de la India conocían.

Para la familia Chacko, el negocio de coco y pesca de camarones era lucrativo. Tara, de ocho años de edad, conocía muy poco acerca de la fortuna de la familia. Sólo sabía que no había nada que no podía tener. Cada fin de semana significaba un nuevo brazalete, unos aretes o alguna muñeca que sus abuelitos le regalaban cuando iban de visita.

Adornada con joyas de realeza, Tara era la princesa de tres y medio pies de los Chacko. Los sirvientes temían desatender hasta su más humilde petición. Sus compañeros de escuela envidia-